

ALFAR



S U M A R I O

Poemas de Julio Supervielle · Alejandro Laureiro · Fernando Pereda · Gonzalez Carbalho · Rosamel del Valle y Gerardo Diego · La Persona y la obra de Goethe, por Alfonso Reyes · Madera de Castellanos Balparda · El Vuelo de Don Quijote, por Vicente Basso Maglio · Julio Raúl Mendilaharsu, por Sofia Arzarello · Madera de Lanau · El Arte de Propaganda en la Guerra Española, por Juvenal Ortiz Saralegui · Dibujos de Clavé y Zalbidea · Gorki y la Madre, Cipriano S. Viturcira · Dibujos de Barradas Humberto Diaz Casanueva, por Carlos Alberto Garibaldi · Reproducciones de Maruja Mallo · Estudio de Pablo Rojas Paz · Dibujo de J. Torres Garcia Libros: · Notas de R. Brughetti, Jesualdo, Francisco Romero, Dardo Regules, Mario Varangot, Luisa Luisi, Emilio Oribe, Eduardo Couture, E. Diez Canedo, Enrique Amorim, Ortiz Saralegui y Julio J. Casal



LAS PROPIEDADES

DEL CAFE

Son al cerebro, lo que el rocío a la flor.

Mientras lee, estimule la percepción clara de las ideas mediante un pocillo de café «EL CHANA».

Debe ser «EL CHANA» por que es puro.



JUNCAL 1475
U.T.€. 8-14 65

ELECTROLUX

ASPIRADORES Y ENCERADORAS

YAGUARON, 1320 U.T.E. 8-61-65

BANCO FRANCES

SOCIEDAD COLECTIVA, ESTABLECIDA EN 1887

423 - 25 DE MAYO - 427

Operaciones Bancarias en general con todas las plazas del mundo. - Sección Administración de Propiedades. - Sección Remates. - Sección Rural con Barraca anexa y Venta de Ganados en Tablada. - Sección «Coffres Fort». ■ Sección Alcañías. ■

EN BUENOS AIRES: SUPERVIELLE & Cia.

NAVIFRANCE

Compañía Franco Sud Americana de Comercio Marítimo S.A.

Agencia de las Compañías Francesas de Navegación:
Chargeurs Reunis -- Sud Atlantique
Ste. Gle. de Transports Maritimes a Vapeur

Turismo a Europa con estada de tres meses
**Océano Atlántico - Mediterráneo - Mares Ar-
ticos - Indo China - Africa Occidental Francesa**
CARGAS EN GENERAL

Los vapores tienen bodegas especiales para el transporte de frutas frescas, huevos, carne congelada
Por informes para fletes y pasajes, dirigirse a:

25 DE MAYO, 350 **Teléfono 8-41-33** **Montevideo**
Oficinas del Servicio Nacional de Turismo Francés

JUAN INÉS

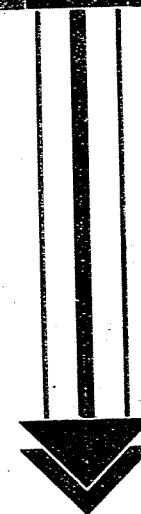
Novela Gauchesca de
MANUEL ACOSTA Y LARA

Editorial Monteverde

CHANEL

Parfums de Luxe
Nueva creación

CUIR de RUSSIE



BEISSO & COMPAÑIA
DEPOSITARIOS

18 DE JULIO esq. RIO NEGRO

MONTEVIDEO

**Administración General de las Usinas
Eléctricas y los Teléfonos del Estado**

DIRECTORIO:

Ingeniero BERNARDO KAYEL . . . Presidente

Ingeniero ADOLFO INCIARTE . . . Vocal

Doctor MARIO MENENDEZ . . . Vocal

El teléfono automático le proporciona la rapidez en la comunicación.- Compéñese con la brevedad en la conversación.

Amarelinhos

J M

y

J M

de luxo



RANCHERA

CALZADO VULCANIZADO

Exíjalo a su proveedor

tipos ZAPATILLAS para TRABAJO

tipos CALZADO de ABRIGO

CAOBA
34/38
39/44

CUADRITO
34/38
39/44

NEGRA
34/38
39/44

ECUADOR
34/38
39/44

VOLCADA
34/39

MOÑITA
34/38
39/44

TIPO FANTASIA
lona de bonita presentación y durabilidad

El elevado montaje de su lona hace que sea la zapatilla de mayor duración.

Fabricados con paro de lana y su suela de goma que la preserva de la humedad, hacen que sean más adecuados para el invierno.

tipos ZAPATOS para DEPORTES

TROTTEUR
24/33
39/44

ABROCHADOR
34/39
39/44

BASKET-BALL
34/39
39/44

MERCEDES
34/39

ATLANTIDA
34/39

Fabricadas con lonas adecuadas al uso que se destinan.

CALZADO para BAÑO

SANDALIA ROMANA
Especial para baño

34/38
39/44

NEPTUNO
Fabricado con caucho vulcanizado

30/35
36/40

R. RUGGIERO

Cómodas, suaves y de LARGA DURACIÓN!

solicite catálogo y precios

productores:
FABRICA URUGUAYA de ARTICULOS de GOMA S.A.
25 de Agosto 721 - t.e. 83616-81809
Montevideo

un tipo para cada uso

¿Le interesa conocer detalles

del nuevo servicio de clínica médica preventiva creado por el Banco de Seguros del Estado?

Empiece por saber:

que puede obtener positivos beneficios para su salud sin que se altere en nada las condiciones de la póliza.

Cualquiera sea el resultado del examen médico.

Pida informes a Sección Vida del

Banco de Seguros del Estado

Calle Rincón esquina Misiones

Como un animal feroz...

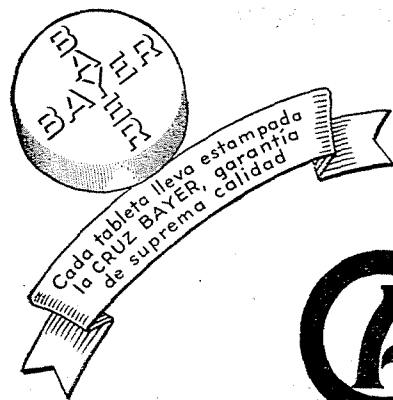


el DOLOR
ataca de repente!

**Mate Ud. el dolor
con Cafiaspirina!**

La CAFIASPIRINA es un arma que no falla nunca, por muy feroz que sea el dolor de cabeza, la neuralgia, la jaqueca, u otros quebrantos similares. Al mismo tiempo, la Cafiaspirina calma la excitación nerviosa, levanta las fuerzas físicas y mentales, reanima el espíritu.

Por si acaso, tenga Ud. siempre Cafiaspirina a mano!



CAFIASPIRINA

el producto de confianza

contra **DOLORES y MALESTARES**

LA CAJITA DE 8 TABLETAS 30 CTS.

ALFAR

AÑO XV — MONTEVIDEO 1937 — N.º 77

DIRECTOR:

JULIO J. CASAL

ORNAMENTACION:

RAFAEL BARRADAS

REDACCION

B. MITRE y VEDIA 2621

S U M A R I O

Portada de Barradas.

La Maison, Jules Supervielle.

La Persona y la obra de Coethe, por Alfonso Reyes.

Madera, de Castellanos Balparda.

Poemas, Fernando Pereda.

El Vuelo de Don Quijote, Vicente Basso Maglio.

Julio Raúl Mendilaharsu, por Sofía Arzarello.

Madera, de Lanau.

El Arte de Propaganda en la Guerra Española,
por Juvenal Ortiz Saralegui.

Siesta entre los Pinos, Alejandro Laureiro.

Gorki y la Madre, Cipriano S. Vitoreira. Dibujos
de Barradas.

Espacio, Rosamel Del Valle.

Humberto Díaz Casanueva, por Carlos Alberto Garibaldi.

Maruja Mallo, Estudio de Pablo Rojas Paz.

Reproducciones, de Maruja Mallo.

Defendamos el Pan, por González Carbalho.

Descielo, Gerardo Diego.

Libros: Notas de Romualdo Brughetti, Jesualdo,
Francisco Romero, Dardo Regules, Mario Varangot,

Luisa Luisi, Emilio Oribe, Eduardo Couture, Enrique Amorim, Juvenal Ortiz Saralegui, Enrique

Diez Canedo y Julio J. Casal.

La dirección de esta revista no devuelve los originales ni sostiene correspondencia acerca de ellos, publicando solamente trabajos rigurosamente inéditos.

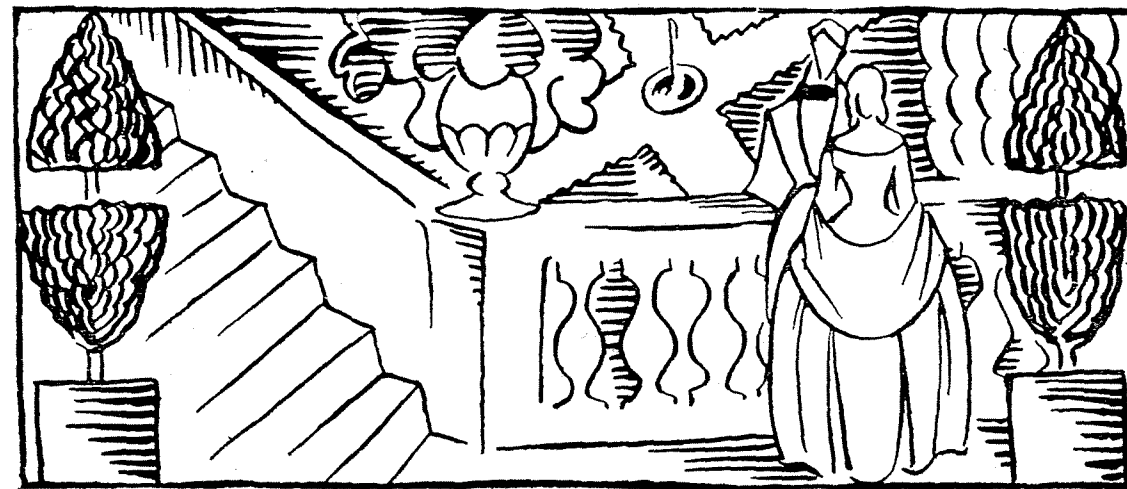


L A M A I S O N

Dans cette grande maison que personne ne connaît,
 Avec sa façade, ses murs qui me ressemblent autan
 Que le peut la pierre à l'homme,
 Avec cet air qui l'entoure, et toujours sur le point de palpiter,
 Avec sa secrète vie qui fait battre une fenêtre
 Ou bien le tourne de larmes,
 Dans cette grande maison
 Nuit et jour luit une lampe,
 Elle ne luit pour personne
 Comme s'il n'y avait pas encor d'hommes sur toute la terre,
 Ou si le monde était déjà distancé par l'Esperance.
 Et quand je veux aller très vite pour surprendre la lumière
 Mes jambes s'égarent sous moi
 Et mon coeur, un court instant,
 Connait les affres éternelles.
 Mais peut-être qu'un jour la lampe
 Prise enfin de mouvement comme la glace au dégel,
 Viendra luire d'elle-même tout près de moi pour montrer
 A mon âme sa couleur,
 A mon esprit son ardeur
 Et leurs formes véritables.
 En attendant il me faut vivre sans prendre ombrage de tant
 [d'ombre.
 Ce qu'on appelle bruit ailleurs
 Ici n'est plus que du silence.
 Ce qu'on appelle mouvement
 N'est que la patience d'un coeur,
 Ce qu'on appelle vérité
 Un homme à son corps enchainé.
 Et ce qu'on appelle douceur ah que voulez-vous que ce soit.

Paris 1937.

Jules Supervielle.



LA PERSONA Y LA OBRA DE GOETHE

(NOTAS DE UN LIBRO EN PREPARACION)

"Yo siempre he considerado mi obra simbólicamente, y, en el fondo, me era lo mismo hacer cucharas que cucharillas."

(Eckermann. 2-V-1824).

Según Brachfeld, José Ortega y Gasset, en cierta conversación de 1929, dijo más o menos lo siguiente: Goethe, cubierto con el gran sombrero romancesco, envuelto en su albornoz blanco y tendido como Tischbein lo representa, contempla la campiña romana y las ruinas clásicas. Entre tanta cosa delicada y ligera, Goethe aparece como el germánico pesado y difícil, apto para dominar la materia (ciencia) al igual de los de su raza, y al igual de ellos, torpe en el dominio de la forma (arte). La forma, la forma pura —la ambrosía— es el alimento de los dioses, pero los mortales no lo resisten y siempre lo enturbian de materia. Goethe, como alguna vez sintió Barrès (¡pero fué bajo la deformación de la guerra!), sería, en el paisaje latino, el elefante blanco, casi el buey en cristalería. El esfuerzo de Goethe por perfeccionarse a sí mismo le interesaría más a Ortega y Gasset que los resultados obtenidos por el poeta. Y tal punto de vista —siempre según el testimonio de Brachfeld— sería el punto de vista de los latinos. No es el de Sainte-Beuve, no es el de Croce; en rigor, no es el de Barrès. Antes de recoger definitivamente estos juicios, donde Brachfeld puede haber puesto inconscientemente de su minerva al evocar

especies de dos o tres años atrás, habría que esperar a que el mismo Ortega y Gasset los refrendara.

En todo caso, algunos han insinuado y otros han dicho expresamente que, en Goethe, el árbol vale más que los frutos, la persona más que la obra. Esto nada quitaría al valor de la obra en sí, y es una manera de reconocer que, además de tener las perlas, tenemos el hilo para rehacer la sarta. Pero es que muchos se empeñan en demostrar que las perlas mismas sólo valen en la sarta, y que separadamente no resisten la comparación con otras joyas; que una gran parte de la obra de Goethe no es de primer orden: en la poesía no se equipara a Shakespeare; en la ciencia no se equipara a Darwin; en la crítica no acaba de satisfacer (¡a pesar de la opinión de Sainte-Beuve que sabía muy bien lo que decía!); en la técnica dramática, él mismo reconoce que su escrúpulo de motivación delilila sus obras y, aun teniendo un teatro a sus órdenes, no pudo nunca ir muy allá; su prosa laboriosa no admite comparación con la de Heine o la de Nietzsche; y sólo conserva el principado en aquella forma de poesía, «la primera y más genuina», que cultivó hasta sus últimos años y en que realizó maravillas:

la poesía de ocasión, la cual no debe ser confundida con el *vers de circonstance*, sino que es, como lo explica Fairley, «la poesía que acude cuando la llama la ocasión privada, la ocasión interior»; en suma: la poesía que da la vida de cada momento, por oposición a la poesía del «gran estilo» y del alto coturno.

Como nuestro fin no es hacer el panegírico literario de Goethe, sino recoger más bien sus enseñanzas totales, no nos preocupa dejar la objeción en este punto. Pero nos conviene insistir (porque es otra lección que recibimos al paso), en cierta torsión romántica que ha venido imprimiéndose en el pensamiento literario, y que el encuentro con Goethe viene a denunciar y a poner de bulto.

No es frecuente conocer a un autor tan de cerca como conocemos a Goethe, gracias a su propio empeño de expresarse. Tampoco es frecuente que las obras revelen con tanta fidelidad las fases de una vida. Por último, es extraordinario que una vida, en sus diversas fases, ofrezca ejemplo de tal integridad, de tan armonioso desarrollo dialéctico de necesidades internas que se complementan entre sí para levantar el edificio de un hombre. Goethe registra la palpitación, la reacción de su pensamiento todos los días (entendiendo que todas las mañanas: lo que él llama la crema del día, no importándole que lo demás se torciera en queso). Después, aquel primer diseño, redibujado más a fondo, se iba repartiendo en libros; de donde se explica la cantidad de bocetos y fragmentos que nos ha dejado, y hasta una gran masa de labor que bien merece llamarse de crónica y de comentario periodístico. Al lado de esta obra, el autor se explica a sí mismo, da la historia de sus respuestas ante la realidad de cada día: hasta los veinticinco años, en su *Poesía y Verdad*; y en adelante, en sus analectas, sus diarios, sus conversaciones registradas por los testigos habituales de su vejez. ¿Qué dicen ante esto algunos críticos? ¿Bendicen la suerte que nos permite asistir a todos los aspectos de un hombre extraordinario y presenciar la gestación misma de su obra? No: en vez de esto, nada mejor se les ocurre que lamentar tan rara fortuna; porque —aseguran— apreciaríamos mucho mejor la obra si conociéramos menos al hombre. Por un error de perspectiva, la poca costumbre que tene-

mos de ver al autor tan cerca de sus libros nos hace suspirar por el conocimiento imperfecto a que estábamos habituados. Como el autor no es autor a toda hora, ni nos da una punción poética a cada segundo, el contemplarlo en los instantes neutros que forman la trama ordinaria de su vida lo hace, por lo visto, desmerecer a los ojos de tales críticos, de tales críticos anormales sin saberlo ellos mismos, pervertidos románticamente sin conciencia de su perversión. ¿De modo que la poesía es, por esencia, cosa aparte de la vida de los poetas? ¡Y nosotros que teníamos por una flaqueza del conocimiento esta obligatoria mutilación a que nos vemos condenados en la mayoría de los casos! Goethe nos entrega el inmenso don de su vida, y no sabemos apreciarlo: quisiéramos sólo los primores del virtuoso poético. Como cometió el pecado de no morir joven, tampoco podemos resignarnos a que su pensamiento se ahonde y serene, a que su temperamento camine del patetismo hacia la serenidad, a que su poesía se salga del cauce de los versos y se disuelva en la sangre misma de su vida. Decididamente, la verdadera crítica debiera aprenderse en Sainte-Beuve: quien lee los *Lunes*, no sabe si lee una biografía del autor o un estudio sobre sus obras. El propio Goethe, a quien Sainte-Beuve llama «el más grande crítico moderno y de todos tiempos», había dado ya, tratando de Voss, el mejor precepto: «Comentar la obra por el autor, y al autor por la obra».

Por lo demás, hacía tanto caso del hombre mismo, oculto o revelado en las obras, que creía siempre traslucir, más allá del suelo estético, una invisible raíz moral. «En general, lo que procura al escritor la estimación del público son sus cualidades de carácter y no su talento artístico. —se atreve un día a explicarle a Eckermann—. Napoleón decía de Corneille: *S'il vivait, je le ferais prince*, y no lo leía! No lo dijo nunca de Racine, a quien sí leía». (1) A través de la valla de una centuria de estetismo que nos divide, lo escuchamos hoy con atención, porque la categoría moral es el nervio de las otras virtudes. Y si esta figura platónica no se realiza estrictamente, es porque de la perfección sólo recibimos las sombras aquí abajo.

(1) 30 - III - 1824.



P O E M A S

MADRUGADA

¿Qué cicatriz! Estrella devorada,
quebrado el aire oscuro.
¿Qué peligro se ha ido de esta calle?
Retrocede la noche y sus costumbres
de linternas y dados moribundos.
Llega la madrugada, caballista,
tibia, con sus sentidos naturales,
trayendo los seis toros que no vuelven.

Sevilla, madrugada del domingo de Resurrección, 1925. — (Del libro inédito: «Diez poemas españoles»).

LA MUERTE ENTREABIERTA

Erizadas ¿qué manos
van a cubrir mis ojos?
¿Qué cerrarán los dedos?
¿Un rey entre columnas?
Jesús, quédate inmóvil
sustituyendo al día,
rehaciendo en torno mío
el arco de los vivos.

1935.

LA ESPADA NECESARIA

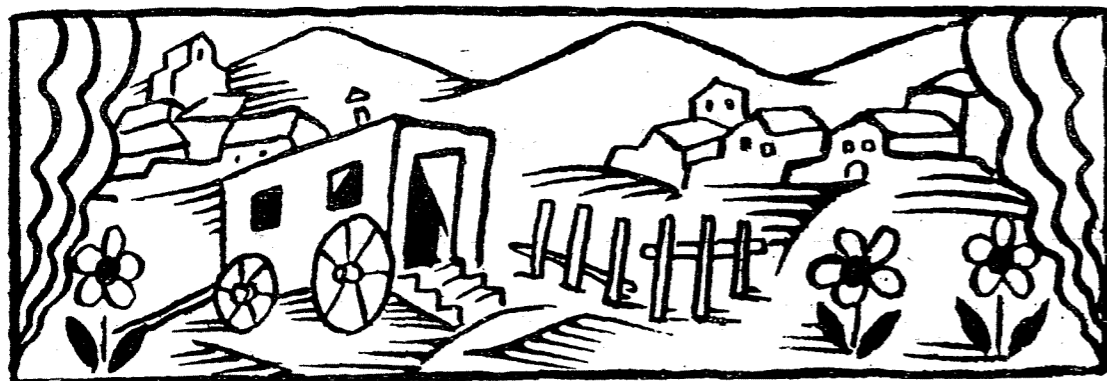
—Vive y brilla en lo oscuro,
dirán oyendo alerta.
—Fué un manjar de la luna,
dirán de mí algún día.
—Su cuerpo, cera perdida.
¿Se va? ¿Se va? No tocarlo.
Para este viaje sin brazos
los fantasmas llevan mi espada.
Va del sueño a la mano.
Va de la mano al sueño.

METAMORFOSIS

Subterráneo, un león,
parecido al verano,
afila el huracán
muy cerca de mi cuello.
Si respiro se encienden
bujías en la selva.
Si hablo
hay una vasta alarma de caníbales.
¿Me ven? Sólo mis botas,
sólo ven su vacío;
no mi boca que bebe
con bocas enterradas
un vino sin espacio.

F E R N A N D O P E R E D A

A L F O N S O R E Y E S



JULIO RAUL MENDILAHAR SU

ALFAR evoca a Julio Raúl Mendilaharsu en otro aniversario de su muerte.

Solo, entre las paredes de su cuarto, con un libro entre las manos, cuando despertó en una gravedad de piedra, ciego y mudo y para siempre.

Sin alcanzar la madurez se iría, mozo y colmado el pecho.

Los que le vieron vivir, no olvidarán su entusiasmo por la justicia. Color de su verso y jinete en su palabra. Ebrio y total en la amplitud de su palabra, más que en el aire del verso.

Fugitivo, derramando en su deseo de comprender el misterio del dolor, no se negaba a las contradicciones, las sufría todas. El arte, sí, era su pasión; pero, antes había que hacer el camino de la vida. Vivir, sin ello la industria del arte será oscura o imperdonablemente vacía. Sus preferidos eran los artistas y la gente del pueblo. Unicos seres donde el acto de existir se cumple como experiencia humana: heroica.

No eran aún los tiempos de la espada, eran aún los tiempos en que se esperaba que las libertades se lograrían sin este correr de sangre... Verhaeren Walt Whitman, sus mensajes encendidos, llegaban de Europa y del Norte, invitando a América a la renovación.

Y fué que en la ensimismada Montevideo de entonces, tres poetas recogerían las consignas. Sabat Erceasty las tradujo en verso fuerte y lenvatado, donde el hombre era un actor loco de sed y trágico. Vasseur, estalla

en «cantos augurales» de vísperas rebeldes y de victorias. Mendilaharsu alcanzaría a dejar unos cuantos poemas, en que el «modernismo» librándolo de la inválida manera romántica le permite aproximarse más a la plasticidad viviente —ésta habría sido seguramente su ruta— del lirismo de la fraternidad.

Había andado mucho, y siempre, en toda tierra, el mismo horror ante los ojos: el pueblo sacrificado. Por eso daba el oro que venía a sus manos de heredero terrateniente, con la prisa del que sabe que, esa vez, dar es restituir. Triste quedaba detrás del gesto. Viendo que el número de los hombres mortificados en la miseria y humillados en la opresión, era un inmenso mar, donde él echaba una gota de miel. ¿Qué es una gota de miel en el mar? Y condenaba la insensibilidad de la burguesía, embrutecida en el polo de la saciedad y el egoísmo. Y enrojecía de desprecio ante los aristócratas, tan viciosos como estultos.

Muchas veces anegaba su desesperación en el vino. Bebía, bebía hasta ahogarse. El vino realiza la verdad. ¡Verla, aunque fuere allí, en la puerilidad de la apariencia! ¡Verla o entorpecerse de olvido! Ya que si no eran estos tiempos de la espada, tampoco eran éstos de definida esperanza en el triunfo de los hombres de buena voluntad.

Si no estuviera muerto, entre los muertos, ahora lo veríamos, con el puño en alto.



Julio Raúl Mendilaharsu

Madera de Lanau



EL VUELO DE DON QUIJOTE

Don Quijote despertó antes de la hora. Sin embargo había llegado muy fatigado. Tuvo que entrar por el fondo del mundo. Había andado a pié y descalzo como Juan de la Cruz cuando huyó de la prisión, como todos los que pueden escapar de las cárceles del alma, de los campos de concentración, de las Guayanas, de Lípari. Había dejado a Rocinante desde que cambiando los libros de caballería por los de la metafísica, había visto que la muerte iba siempre a caballo. Se había convencido de que la vida tiene un pié real, un pié de reina y rey, eterno y musical, por adentro de la creación!

Miró con un poco de desconfianza mi receptor de radio. ¿Se lanzaría contra él? No se lo pregunté. Y, aunque se lo hubiera preguntado! Ninguna pregunta detuvo jamás a Don Quijote. Fué el único hombre a quien no detuvieron las preguntas. Trágico de verdad! Mas puro que Segismundo, aunque Bergson pudiera oponerse a ésto. Además, si por algo se caracteriza esta época es, precisamente, por que el hombre ya no tiene necesidad de preguntar. Dije: se caracteriza; perdón, pequeño burgués! No queremos ya aquel mundo del carácter, jerarquía del pensamiento, alegoría de la razón. Por eso, este momento no es una época; estamos fuera del tiempo; hablamos de espacio puro, como hablan los profetas, como habló Isaias cuando vió que los ricos de Babilonia empujaron afuera al árabe para que durmiera y

comiera bajo su tienda desgarrada. Estamos hartos de historia, señor conde de Keiserling; y de cultura, señor Max Scheler y de lo subconsciente, señor Yung, de todos vosotros, reconstructores del imperio.

Don Quijote quedó escuchando al aparato. Creyó que, ¡finalmente!, los objetos hablaban y no había porque destruirlos; y, que era como en la apocalipsis del progreso? Es posible, porque ésto lo puede creer Don Quijote y ninguno más.

Ah, si...! Las cosas, que tanto habían hecho sufrir a Sócrates, tenían ya un lenguaje sobrehumano. Se empezaba a oír una gran fábula desconocida.

Y qué? No hay en el pueblo fábulas del amor, todo conocimiento, y sobre todo, ¡de una moral!, superiores a las reformas de la inteligencia?

Y qué? La libertad no empieza por los sentidos: «tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven»? Y cuando los sentidos sean libres no hablará el hombre con él y todas las cosas? Por qué no? Sólo aquí, estamos de acuerdo con Ud. Sr. Rousseau, cuando Ud. dice: «Porque el hombre tiene sentidos, tiene ideas». Y cuando no haya miseria, explotación o fascismo, no se libertarán los sentidos del hombre, no respirará la vida, no hablará eternamente con sus ideas? Que sabemos todavía de la vida como de un mundo moral?

Entre tanto, Don Quijote, frente a mi receptor de radio, gozaba más que el superre-

alista en sus últimas anécdotas de la realidad. Y sonrió como un ángel. Qué sonrisa la de Don Quijote! No era una parte, era todo. Como si me dijera: **AL PRINCIPIO ERA EL VERBO**. Flor de la sabiduría, misterio y verdad, eternidad y vida; así era la sonrisa de Don Quijote, creada y creadora, como la cara y el corazón juntos, luz de sí misma, toda humanidad.

Y decía la voz de mi receptor de radio:

—«Creer! Cada día pronunciamos esta palabra y muchas veces y casi nunca nos damos cuenta en su sentido sagrado. «Creo que sí», decimos cuando precisamente no estamos en absoluto seguros de una cosa. Pero creer es lo más solemne que pueda ocurrir en el alma de los hombres. Creer es sentir dentro de uno la luz de una verdad indemostrable, ajena a la razón, opuesta a ella quizá, una luz...»

—No! Digo que no, señor duque! Ahí hay mucho circunloquio, mucha redundancia. Porque si es la luz de una verdad indemostrable, ya se demuestra. Es decir, ya está demostrada por la luz. Que más demostración que la luz? Y que más demostración que aquello que no la necesita? Esto es tan único, de tanta unidad, como el ser. Y, sobre todo, señor duque, si como decís, «creer es sentir» y si estáis dispuesto a dejaros llevar por este sentir, el verdadero sentimiento, la sensibilidad del hombre. Seréis más inteligente que sensible quizá, señor duque?

Y Don Quijote sonreía como un ángel, figura de un retablo que vendrá!

Y el aparato continuó:

—«...una luz que no ha brotado de nuestra meditación áspera y trabajosa como la chispa que el hombre primitivo hacía saltar del choque de las piedras, sino que vino de la claridad de los espacios sin que la esperásemos sin que la llamásemos desde el manantial remoto de lo sobrehumano en el que unos descubren y otros presienten la huella de Dios. Cuando la realidad hecha de fuerza material y viva me dice que ésto es así, cuando la razón y el pensamiento, atributos egregios de mi especie humana...»

—Atributos egregios, señor duque? subrayó Don Quijote con aquella ironía. Pues eso de los atributos, cualesquiera que sean, egr-

gios o no, terminan ya. Y a la luz de la verdad indemostrable.

—Déjelo Ud. concluir, maestro, le advertí.

—No conviene, hijo mío. Porque con esto de los atributos egregios se prueba casi siempre que la red la hace la pobreilla mosca para morir en ella y no la araña sutil que se la come...

Pero como parecía que cada uno estaba en un monólogo, que es lo que ocurre hoy felizmente en el mundo, el receptor de radio, siguió.

—«...Cuando la razón y el pensamiento, atributos egregios de mi especie humana me dicen que ésto es así, mi fe sutil, invisible, humilde, igual en el genio que en el pobre de espíritu, pone una muralla misteriosa en torno de mi alma y aquello que creo resiste a la razón y a la realidad como un héroe milagroso...»

—Basta, señor duque. Basta, os digo. Basta, decimos todos los hombres, basta, basta... Esto no es ni siquiera vuestro; es mío, lo que yo traje al mundo, al mundo que nace.

Esta vez sí que creí que arremetería contra la caja parlante. Pero no. Como en un campo bañado en sangre y sudor, como sobre la cara de la tierra, sobre el rostro de Don Quijote se sentó el ángel a sonreír.

Y el receptor de radio siguió:

—«Cuando el hombre dice: creo, sabiendo lo que dice es, en verdad, el rey de la creación...»

Don Quijote se puso de pie e interrumpió: —Cuánta reserva, cuánto escrúpulo, cuánta reticencia, señor duque. Antes dijisteis que era solo «creer, luz de una verdad indemostrable, sentir».

Y ahora decís, os contradecís: «cuando dice creo, **SABIENDO LO QUE DICE**».

Y señor duque: hay que saber para creer o hay que creer para saber?

Y cómo habláis! Cómo habláis sino es prosopopeya; si es trascendencia. Cuidado! Teneos! Porque decís: «es **EN VERDAD** el rey de la creación».

Hay dos maneras de decir; pero, no son iguales; una es sólo manera y la otra, no parece tan hábil. Se suele decir tanto: «en verdad» como «en realidad». *En verdad os digo*, decía Jesús. Nunca dijo: «*en realidad*». «En verdad» es de la fe del hombre, de su humanidad, de ese creer que es todo sentir

y que se basta a sí mismo, el héroe milagroso, hijo de la justicia y de la paz.

Pero, «en realidad», es solo de la razón, ¿qué digo?, de la fuerza de la razón, del fascismo. Gracias, señor duque. Y bienaventurados los pobres de espíritu porque todos estamos ya en el reino de los cielos.

Y qué luz, el sonreír de Don Quijote; luz del principio!

Las últimas palabras semioscuras ya del aparato fueron así:

—«... Creer es una capacidad superior de las almas y no la realidad que en nuestra alma puede crear una determinada fe.

Un poco inquieto ahora apuntó Don Quijote:

—O el señor duque no se expresa de acuerdo con los atributos egregios de su especie, —y ya no digo de su especie humana, como el señor duque acaba de afirmar—, o para para entendernos mejor, el señor duque no se expresa de acuerdo con los atributos egregios de su clase, o yo no lo capto. Está acaso, bien dicho: capto? Porque el idioma ha cambiado mucho y no para hacerse un lenguaje claro, desgraciadamente, y, como acabo de oír. Pues, con que «creer es una capacidad superior de las almas y no la realidad que en nuestra alma pueda crear una determinada fe». Vaya el empleo hiperbólico, señor duque, de palabras como: creer y crear, nada menos! Volvemos a aquello de: hay que saber para creer o hay que creer para saber? Hay que creer para crear o hay que crear para creer? Y ésto prueba que su Excelencia, anda con rodeos. Muy mal parada queda aquella capacidad superior de las almas, tanto como si fuera una maravillosa incapacidad. Pero, con todo, lo que tenéis de anfibología y no de apologista, vuestro es; lo mejor y lo más humano de lo que dijisteis, es mío. Y lo he reconocido a pesar de que trae la confusión del aula. Y, a todo esto, ¿quién es el señor duque?

Y yo respondí en nombre del aparato:

—No es «el señor duque». Es don Gregorio Marañón el sabio, en el prólogo de una conferencia sobre el Padre Feijóo.

—Pero, vive Dios! Ese creer a que alude el señor duque de Marañón...

—No es duque, maestro, don Gregorio Marañón.

—Lo hago yo! Bien se lo tiene merecido. A mí me hizo caballero el dueño de una ven-

ta. Pues digo que ese creer a que alude el señor duque de Marañón es el que yo estuve creando y en el que creo. Porque en mí creer es crear; ese creer que invoca como suyo es nada menos que aquella «mi razón de la sinrazón». Ya me parecía a mí que lo conozco. Y, vamos a ver, ¿con quién está el señor duque?

—Con ellos maestro.

—¿Cómo con ellos, hijo mío?

—Sí con ellos. «Ellos y nosotros», dice Gorki.

Qué sonrisa la de Don Quijote!

Sonriendo era él aquel héroe milagroso. Al volver traía Don Quijote una armadura interior, más de Juan de la Cruz que de Baltasar Gracián. Y repitió lentamente, dejando caer las palabras como las pesas en el platillo de una balanza:

—Está... con... ellos. ¿Y es abogado el señor duque?

—No; es médico, maestro.

—Cáspita! No es español el señor duque, verdad?

—Sí que lo es, maestro.

—Cáspita!

—No lo cree, maestro?

—Ah, sino fuera porque él dice que hay que creer, francamente, no! Porque, hijo mío, nada hay tan español como esa fe que el señor duque exalta por encima de la razón y del pensamiento, y que es, como te dije, nada más o nada menos, que aquella «mi razón de la sinrazón», por lo cual el señor duque debió decir de donde la había sacado. Nada hay tan español, como esa fe, ese creer y ese sentir, humano y creador. Recuerda que en España —aunque en España no se necesita recordar— está todo vivo y si se recuerda, es aquello De Manrique: recuerde el alma, avive el seso y despierte; fíjate digo, que el imperio romano no pudo hacer entrar como quiso su estilo sin que el pueblo español lo adobara antes con algo únicamente suyo, cálido y fuerte, de su tierra y de su corazón: el ladrillo rojo del mudéjarismo; que el gótico no pudo calcarse como preciosamente quería sin que el isabelino estallara en aquella extraña, apasionada sinfonía de la naturaleza, tan popular tan... original, —pueblo y originalidad son la misma cosa!—, que el renacimiento dejó fuera de España su columna; que si el barroco es pobre y simple en todas partes, es rico de cuerpo y alma en la tierra

española y que sólo en ella puede hablarse con entera propiedad y con concepto total de *el arte barroco*. Los invasores nunca vencieron la fe creadora y humana del pueblo español. Allí cedieron todos. ¡Y cederán!

En España encontrarás, más que en otro país, que la casa del hombre tiene el arte de las grandes catedrales singulares, únicas. Más que el genio estético como el resto del mundo, en mi pueblo, el arte es su experiencia moral, la tragedia dichosa y terrible de los carpinteros, herreros, pintores y albañiles que hicieron más Cristos que nadie, Cristos que luchan, Cristos que labran, Cristos que sufren, Cristos de oro, Cristos de plata, Cristos de madera, Cristos de piedra, negros o policromados, de tiniebla o de fuego, y, no vivió nunca como los otros pueblos perdidos casi ya, la comedia inteligente y política de la cultura, y, por eso no hay pueblo que haya aprendido menos y sepa más, crea más, sienta más que el pueblo español. Por esa moral de la unidad del hombre, de tan profunda expresión plástica puede conservarse tan pura conciencia humana, toda experiencia. Y lo mismo, España mía y pueblo de España, yo, Don Quijote, soy un campesino inmortal! Y me extraña muchísimo que el señor duque...

—Que el doctor Marañón, corrija.

—Para mí ya es: el señor duque... Y me extraña muchísimo que el señor duque esté con ellos, tan lejos de aquel creer, de aquel sentir, de aquel crear.

—¿Y Sancho? Le pregunté para darle un reposo al maestro. ¿Y Sancho?

—No me hables de ese... requeté! Fue primero secretario de la Junta de Burgos y ahora es rector de la Universidad de Salamanca. Pero, no se conforma; aspira a la dictadura. Y sonrió el antiguo caballero como si el Greco hiciera sonreír por una sola vez a una de sus eriaturas.

Pero, con el poderoso aliento de su corazón, Don Quijote siguió:

—Aquel creer tan plástico y tan humano de nuestra alma...! España mía, en tí sí, en tí sola casi, en toda tú, no se pueden nombrar, como en el resto de Europa, a unos cuantos artistas, decir algunos nombres, sino que hay que hablar siempre e intemporalmente como de una entidad eterna, como de una humanidad que permanece como de la virginidad moral, de la tierra,

de todo el pueblo español. A tí no te te dicen como a otros: país o patria; no te conocen por los nombres que se corrompen universalmente, porque en la corrupción de los nombres por las reformas falsas, los más sagrados son los que se corrompen primero y los que parecen más puros son los que repugnan más que los más bajos y por eso entendieron a Cristo más los ladrones y las prostitutas que los príncipes y los ricos, que el mismo Nicodemo el sabio. A tí España mía te dicen como a ninguno: *pueblo*, pueblo español; *tierra*, tierra española, pueblo y tierra, lo más humilde, lo más desnudo, lo más sencillo, lo más humano, lo más eterno. Ninguna civilización te perdió; ninguna cultura te destruyó; pura sensibilidad, experiencia trágica, conciencia humana, España, ladrillo rojo, corazón mudéjar, que si la humanidad es el pan, tú, tú eres la levadura!

Y a Don Quijote le pareció haber cantado la más amorosa y heroica canción!

Pero el receptor de radio continuó. Daba ahora noticias de la guerra:

—Madrid — Del frente de Andújar comunican que los leales se apoderaron del santuario de la Virgen de la Cabeza en el que se habían refugiado varios contingentes rebeldes de guardiaciviles.

—Cómo ¿La Virgen de la Cabeza rodeada de guardiaciviles? Magnífico cuadro, el que nadie había pintado aún en España. Porque la Virgen aparece en Greco rodeada de los apóstoles, y, en otros, de ángeles, de músicos, de peregrinos; pero, nunca, nunca había sido rodeada de guardiaciviles. Cómo, la Virgen de la Cabeza rodeada de guardiaciviles? Quien la podría pintar? Goya, Goya que pintó «Los fusilamientos» y «Los monstruos de la razón». La Virgen de la Cabeza rodeada de guardiaciviles? Ah España, Virgen de la Cabeza y del Corazón, rodeada de guardiaciviles, Goya, Goya!!!

Y, como si Cristo hubiera deseado hombres alados cuando dijo: «En verdad os digo que tenéis que nacer de nuevo», Don Quijote voló con sus pies.

—¿Dónde va, maestro?

—A Alemania, me respondió, levantándose directamente del suelo. ¿Has visto? Yo no necesito decollage; y perdón por el galicismo! Yo no soy la filosofía que precisa arrastrarse para subir. Abur, hijo mío. Y muy arriba.

muy arriba, tenía el cuerpo y el alma de la alondra...

Y hoy recibo esta carta de Don Quijote:

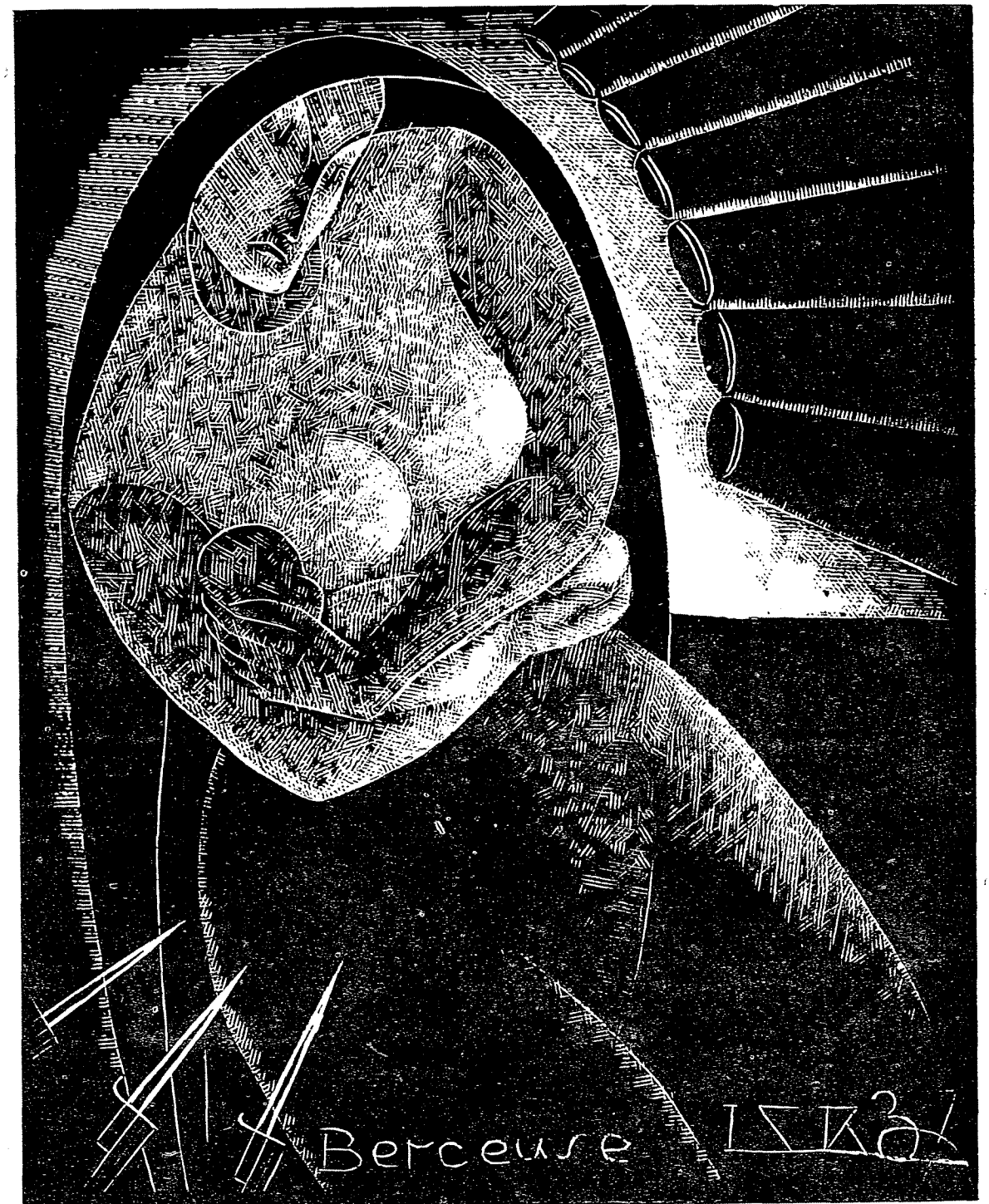
Berlín, Abril de 1917:

Hijo mío:

Llegué a Berlín. Allí el señor Goebbels dice: los pueblos piensan primitivamente. Por esa mala interpretación del primitivismo que quiere decir barbarie para él, me confundieron con un judío. Esta barbilla! Claro, tenía yo todo el aspecto de un Trotsky, de un ortodoxo de la cuarta internacional o de la tercera bis, como quiere Trotsky. Y me entregaron al verdugo. Ya en el patio de la cárcel, me pusieron la cabeza sobre el picadero. Pero el hacha no pudo cortarme la

cabeza al primer golpe. Como Goebbels nunca había fallado, le pareció que era un caso de sabotaje al imperio. El verdugo probó el filo del hacha con otro ajusticiado, porque allí hay gente para probar el filo y otra gente para ejecutar, y se esforzó más dándome el segundo hachazo sobre el cuello. Y no pudo hacer saltar mi cabeza! Y repitió seis, diez y hasta quince veces el hachazo. Y no pudo! Relevaron el verdugo; entró el otro turno. Y menos aún! Eso no parecía ya un acto de ejecución, ni menos, un acto de la justicia; parecía un acto de prestidigitación, una burla al poder del imperio. Y héme aquí, en el espacio puro, siempre vivo, como el hombre. No busques nada de esto en los diarios, porque tú sabes que los censuran. Te abraza tu padre, *Don Quijote*.

V I C E N T E B A S S O M A G L I O





SIESTA ENTRE LOS PINOS

a Cipriano Santiago Vitureira

Oh Sol Pinar Sol Pinares negros
El mar es la fragancia de la tierra
Que canta
O es mi corazón y el día previsto
En que líquidamente desvastará sus venas
No sé No sé.

Oh Luz Pinar Luz Pinares verdes
Agudo crepitar de lanzas en mi frente
Metal azul purísimo del aire
Gaviotas o pañuelos
La tierra huele en mis manos
La tierra huele a mis manos
La tierra negra en mis manos
Mis manos rojas de venas henchidas de tierra negra

Ved al americano como duerme
Entre pinos fragantes a la orilla
Del mar.

Oh Luz desierto mío
Pureza palpitante Totalidad sin forma
Que me buscas
Húndeme socávame espárceme.

Ser polvo gris fino y transparente
Ser codo azul de un río cierta noche.
Ser tus llamas sin hogar pureza viva
Ser tu clamor sereno presentido
Orden forma ¿quién sabe?
Cual el niño dormido entre las venas
Un día poder ser
Un día poder ser

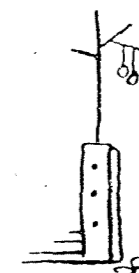
Espada circular o esfera como espada
Ven
Ven sonando ese clarín cristal de hielo
Ven como el árbol o el pájaro o la gruta
Esculpiéndote y cantando entre mis poros
Ven

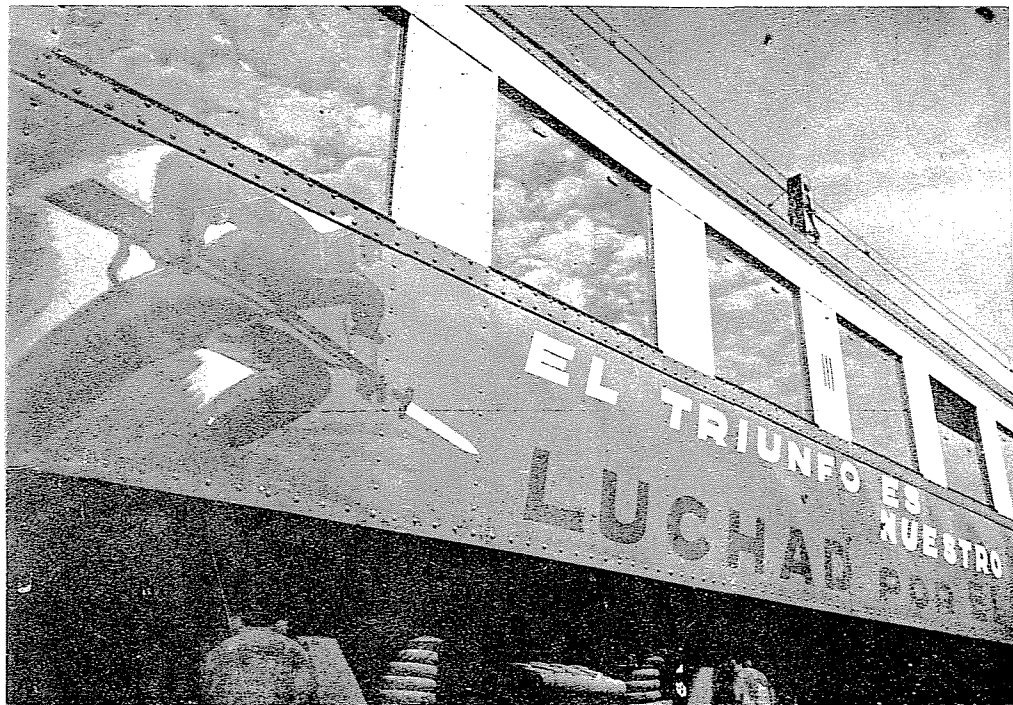
No soy el luchador que se defiende
No soy mi carne ni estas manos ni esos ojos
Ni esa caliente resistencia ciega
Que oponen, ahí adentro
Laberintos oscuros de recuerdos
Ven ven

No soy mi piel terrestre
No soy el cuero duro que se ofusca
Con su cal de miseria endurecida
Con su amor de este día y aquel otro
Con su color hediondo entre los pelos
No soy la piedra negra sin sentido
Que duerme en tu calor como en la hiedra

Ven ven
Te aguardo aún
Entre los pinos o en la infancia.

Alejandro Laureiro.





Decoraciones de un tren blindado

EL ARTE DE PROPAGANDA EN LA GUERRA ESPAÑOLA

Era evidente que los artistas españoles, desde los más grandes a los más pequeños, no se sentían conformistas ni cuando la monarquía ni en los primeros pasos de la República, hasta el estallido de la rebelión militar. En ellos anidaba el espíritu del Quijote, mar inagotable del alma española. Habían aprendido del Arcipreste, el fino humor; de Cervantes, la sátira; de Lope, lo extrañable; de Teresa de Jesús, la pasión. La guerra de las fuerzas reaccionarias no los tomó, pues, de sorpresa. Ellos iban adelante de la época que vivían: republicanos cuando la monarquía, liberales cuando la república estaba agobiada por el peso de las derechas, siempre dentro de la realidad presente e impulsados hacia la realidad futura. Unánime fueron al pueblo, cuando el ejército de Sanjurjo y de Franco se levantó a pisotear la república.

La tarea desde entonces, no ha sido pequeña. En Barcelona y Valencia, en el frente madrileño y el país vasco, junto al fuego íntimo de la cuenca asturiana, sobre la boca febril de la mina o en la montaña del precipicio nevado, han estado los artistas con las fuerzas leales, entregados a la apasionada tarea de las armas o en la constructiva retaguardia organizando los avances y los defensas.

Estos affiches y fotos son una pequeña muestra de la labor del llamado frente de la cultura. La propaganda ha adquirido contornos sensacionales: por la eficacia, por la técnica y por la belleza. Parecería que esto último estuviera demás, porque bajo el fuego de las granadas, el alma no está para los goces de la creación artística; pero hay una armonía, un ritmo de elementos en las

nuevas fuerzas del pueblo en armas, defensor de lo inmediato y de lo porvenir, fuerza, ritmo y marcha que sólo el arte puede llevar como una ola, al corazón de todos.

Tenemos los trenes blindados, viboreando entre el enemigo y donde los decoradores han trazado figuras épicas, leyendas que llaman, clarinadas de formas y colores de esta nueva lucha. Y muros muertos que gracias a los pintores, levantan de las ruinas una plástica efectiva de propaganda social y política. Affiches que vuelan como pájaros por los

pueblos, las ciudades y aldeas con la palabra firme y el mensaje amigo; en fin, una resurrección de lo que parecían formas secundarias de la expresión plástica y que, a raíz de la guerra, se colocan en primer plano. La guerra tiene la virtud de la revelación. Mueren y nacen los hombres y los conceptos bajo sus furias, y el arte decorativo, affichista, externo, sorprende con el desborde de su intimidad, de su contenido humano, ante la implacable presencia del torrente guerrero.

Apurar políticamente el proceso del artis-



Affiche

Zalbidea



Mujer y Niño

Saenz de Morales

ta en tiempos de paz, suele ser falso casi siempre. La revolución no entra por decretos de intelectuales, y si entra, pronto se vá. Eso nos ha enseñado la contienda española y el ejemplo de los artistas que, por ser leales a sí mismos, en un noventa y cinco por ciento, luchan con el pueblo español contra los invasores de dentro y de fuera.

Este nuevo renacer de la plástica española, similar al romancero de la guerra, (el nuevo poema del Cid) ha dado sus bellos fru-

tos. Más importante que ellos habrá de ser la posición de lucha de los dibujantes, pintores y escultores, que beben hoy en la inagotable veta del pueblo la ideología firme que se asentará en el mañana. De los talleres solitarios y de las peñas de minorías han salido los artistas a respirar el aire social, a pulmones llenos, abandonando transitoria o definitivamente todo sentido de abstracción, todo complejo de soledad, aquello que termina siendo la aislada experiencia mental, sin

mayor aliento humano, el goce de la inteligencia, la exaltación extrema del individualismo, en fin.

Puede que este movimiento pictórico y escultórico adolezca de expresiones fáciles y demasiado fugaces: no olvidemos que el ambiente de la guerra es nervioso, sacudido, improvisado. La victoria se descubre en un instante, se nace y se muere casi sin conciencia. Lo heroico y lo profundo del ser tienen el arranque de un ataque, la distancia de una bala de cañón, el asombro de un avión ene-

migo... Un arte nacido en este clima será su fiel reflejo, para ser verdadero. Pero la misma experiencia que obtenga el pueblo de la guerra la obtendrán los artistas: todo servirá para madurar las verdades próximas.

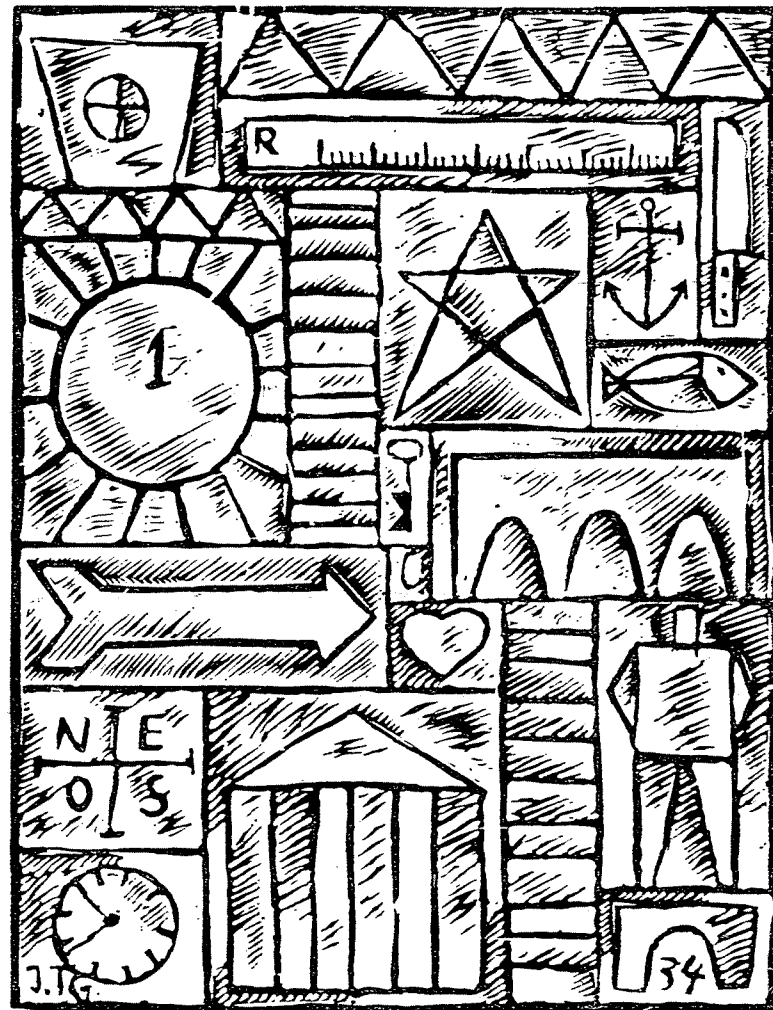
Sólo que hoy podemos exclamar: Goya, tus hermanos de arte de este tiempo son dignos de tí. No han traicionado tu soplo eterno, el alma de tus criaturas. En ellos vive no lo propiamente tuyo, sino lo *goyesco* de toda España.

J U V E N A L O R T I Z S A R A L E G U I



Affiche

Clavé



Arte Constructivo

J. Torres García



H U M B E R T O D I A Z C A S A N U E V A

«El aventurero de Saba», primer ensayo artístico de Díaz Casanueva, publicado en 1926 por las ediciones «Panorama», de Santiago de Chile, señalaba alegremente el advenimiento de un poeta de personalidad original y poderoso empuje lírico. Bellísimo libro escrito en la adolescencia casi, con rara maestría y dominio de los secretos del Arte poético, ponía ya de manifiesto su maravillosa sensibilidad y su calidad de poeta, del cual legítimamente se puede afirmar el origen divino de su don de cantar la Belleza, naturalmente, fatalmente.

Leamos uno de los más bellos poemas de «El aventurero de Saba»:

Aquí está mi alegría blandida como las banderas
[deras

Una vez siquiera pude contarle un cuento
Reclinada mi cabeza como sobre una estrella
La luna equivocada buscó sitio en su vestido
[de luto

La tristeza abatía mi frente de pájaro
Era en los potreros donde brinca el ganado
La leche de las cabras sirve para tejer lino
Ahí el mantel florece alegres frutas domésticas

Pitan las chimeneas descuidadas, la aurora
[sale de los huevos de las gallinas
A Juana Rosa se le vuelan los ojos semejantes a los tordos

Corro como las ventoleras ahora diviso el paisaje decaído
[paisaje decaído

Adonde me rodeo solo amedrentado mi trabajo
[bajo de súbito

Mi honda lisa los pájaros un monte se desinfla
De la lentitud movida mi alma se guarece
Sin cerrar el viaje sin acortar su sed de lejos
Digo que el regocijo me daña como la tristeza

[inmensa
Descienden las carretas apenas con el cielo a
[cuestas.

Ahondado está ya, pues, en su obra primera, en las sonoras interioridades de su yo más íntimo, trasladando al verso la realidad consubstanciada con su realidad absoluta, original, auténticamente personal. Ya se da en él la poesía como una aventura luminosa por las regiones de su alma, inagotables en panoramas de belleza, cámara oscura transfiguradora del espectáculo terrestre, reveladora del milagro del nardo derramado del vaso hebreo, que fué salmo devoto de exaltación divina, en casa de Simón el Leproso. Ya se advierte la inevitable zona de penumbra rodeando el verso con halo de misterio, de cifra reveladora de secretos finales, de ocultas potencias e innominados augures.

De «El aventurero de Saba» llegaron a Montevideo pocos ejemplares. No obstante anduvo entre las manos devotas y ejerció su influencia, en un momento en que la poesía uruguaya de esa generación parecía anclar peligrosamente en un arte limitado, en una poesía de imágenes fáciles, tono aprendido y estridencias verbales que, felizmente, duró poco. Sus cultores, que obtuvieron ruidosa publicidad y aplausos inmediatos, han desaparecido.

Evocando a Yeats, inicia «Vigilia por dentro» Humberto Díaz Casanueva, que publicó «Nacimiento» en 1931. Son estos versos:

Oh! yo querría romper esta red
que los dioses han tejido
con voces y con sueños!

Hallazgo feliz es este del poema de Yeats para el poeta andino, que le trae ocultamente sus deseos inefables y le aclara su estética, al tiempo que para el lector es un guía seguro para andar por el fuego secreto de su poesía. El poeta se sumerge ya por entero en su claustro soledoso y propicio, para descifrar los difíciles mensajes del subconsciente.

Compartiendo con Pablo Neruda y Vicente Huidobro el momento de renovación poética que prestigian estos creadores, Díaz Casanueva enriquece la lírica chilena con sus voces ardientes y su sensibilidad exquisita, bajo un signo personalísimo e irguiendo su propia bandera de combate.

El triángulo vivo que forman los grandes poetas Gabriela Mistral, Huidobro y Neruda, lo ilumina Casanueva con reflejos nuevos, cuya potencia lírica afirma la presencia de una personalidad creadora de asombrosa riqueza y madurez, y elevadísimo vuelo.

Penetrar en «Vigilia por dentro» significa para nosotros, aprisionar en las manos grandes carbones encendidos, de un dulce fuego que emerge de sus vagos contornos en grandes alas de silencio y en un aire de inolvidables claridades. Un inmenso jadear anímico conmueve la atmósfera de sus cantos; densidad nocturna oculta las líneas de su arquitectura, y su arte es de una esencial aristocracia, alejado del mundo e indiferente al aplauso callejero. Sólo se iluminará, seguramente, en la comprensión de algunos espíritus de selección, en verdad los únicos capaces de gustar sus esencias poéticas y de adentrarse en las altas ideas escondidas en su alma profunda. Temerosa del estupro de los fariseos su lírica se defiende, orgullosamente, en una oscuridad natural, en un hermetismo a siete sellos, que aspira a ser penetrado por muy sutiles y amorosas miradas, ejercitadas en la contemplación de la Belleza, catadoras refinadas de los nobles vinos de la Poesía.

De la «madera de los sueños» está hecho este espíritu, y su verdadera liberación consiste, no en la escapatoria a las aéreas presencias, sino en el descubrimiento de sus ignoradas leyes, que presiden, en orden matemático, el transcurso de su vida.

Desde «Elevación de la sima», poema que abre el libro, nos participa el poeta de sus angustias nocturnas cuando, con paso sigiloso y mirada insomne, persigue entre las sombras que lo cercan en estrecho círculo, sus rostros perdidos en los repetidos sueños, el rastro de su pie en las movilizadas superficies del recuerdo. Este poema significa en la obra de Díaz Casanueva, la confesión poética, el signo seguro que no hay que olvidar; el santo y seña que nos abrirá los pórticos de los otros cantos, el ejercicio más constante de su alma. Si el poeta contenta en las figuras de los sueños sus inquietudes más delicadas; si su escafandra de buceador es límpida y transparente como fino cristal; si el ojo se mueve libremente en las más vertiginosas profundidades; si sus piedras de hondero incansable tienen en el vuelo un eco familiar a su finísimo oído, todo esto posee una finalidad segura e inalterable: arrancarle a la vida sus secretos y aspirar el aire del misterio, de la callada esfinge que frecuenta sus vigiliadas. Es un canto doloroso y alucinado por el temblor de sus destellos oníricos. La frente del poeta, vacilante, enseguida por el resplandor de sus fantasmas, busca refugio en la claridad del día, y obtiene la terea negativa de la pálida mañana, del mediodía encendido y de la alta tarde. Nos da este verso de honda desesperación:

«Veo que el día brota en mí sólo por el limo
[que el sueño deja por mi cuerpo].»

Es que el poeta anda entre tinieblas y son ineficaces los espadones de luz que esgrimen sus manos desveladas. Una hondísima tristeza fatiga en lágrimas sus ojos brumosos, que sólo renuevan sus energías bebiendo sin límites los quemantes vinos nocturnos, piadoso néctar de olvido. ¿Qué pesimismo más profundo que el que jadea en esta imagen?: «Y está temblando la blanda cera que inútilmente junto al fuego busca forma».

Esta eterna persecución del espíritu detrás de lo inasible, de los finísimos serafines, de los números inexorables, hace temblar las sienes del poeta, y mueve el alma en un sentido desesperado:

«mis párpados descenden hasta más abajo
del alma para que siga gozada mi frente por
sus abismos tenaces».

Su inteligencia, lúcida y exacta, segura vidente de su destino, entrevé en las apariencias de los sueños, sólo un piadoso engaño y un ingenioso escotillón por donde hábiles es-

camoteadores hacen desaparecer sin huella visible los pesados limos de la vida. Y un más allá, en concentrada angustia, buscan los misteriosos sonidos y las quejas prolongadas de su vieja «flauta de sombras». Hay una tremenda aspiración hacia la soledad absoluta, una tentativa desesperada de estar a solas con un «gran espectro», de flotar en horrosos vacíos, y de llegar, finalmente, a los desengaños últimos y a las crueles comprobaciones, al encuentro de una zona donde transite, entre heladas ráfagas, la voz inmensa de sus pesadas sombras. Y esto, a manera de candente cilicio, rodea su cuerpo nocturno, y se oyen los lamentos de la carne, en fuga hacia un desprendimiento total, hacia un jubiloso anegamiento en los círculos gigantes de un intuído devenir.

En «Libertad doliente», acontecen las experiencias trágicas de su alma que busca inútiles soluciones cognoscitivas, abandonándose melancólicamente a las dudas finales:

LIBERTAD DOLIENTE

A mi corazón lo sostienen las columnas del
[sueño,
este es el secreto que traicionan rojas hachas
[del día,
nadie puede decir por qué repliega sus alas
[mundanas,
un poco de fuego lo corona que dedos queri-
[dos atizan.
Tan privado de luz, solamente sufre las que-
[maduras
que la sombra le va haciendo hasta producir
[su carbón;
de cuanto amé su raíz cruel más sed profun-
[da alienta,
un poco de frío lo cerca que lanzas humanas
[extienden.
Despegado de mí, lleno de vidrios y de al-
[coholes
como una rueda soltándose de una carroza
[nocturna,
toda la noche gira hasta que temblando se
[desploma,
ay, si la mañana lo hinchara como la gargan-
[ta de un pájaro.
Adivino que él se empaña cuando mis párpados
[se abren
porque en el día la boca lleva su sabor fumes-
[to y noble,
con golpes penetrantes a alguna parte del
[mundo me empuja,
cuando abandone mi frente ¿conoceré su vida
[cierta?

La vida de este poeta ocurre, en doloroso tránsito, entre altos muros sin salidas posibles, con secretas puertas cerradas a cal y canto. En vano sus doradas abejas dulcemente henchidas, se instalan en las celdas construídas antaño en elevadas oquedades. En vano sus dardos poderosos atacan valerosamente los espesos muros, y el canto grave, de profundas sonoridades, acrecido en repetidos ecos tortura el oído de dormidas estatuas con su formidable polifonía. Sólo fantasmas de lejanas fuerzas huyen con las voces de su alma melancólica, y diáfanos espejos multiplican su obsesiva imagen.

Acaso la voz de un poeta no pueda revelarse con tanta fineza, con tan delicada música, como se revelan en «Vigilia por dentro» sus coros interiores en las fugas armoniosas. Característica saliente de la obra de Díaz Casanueva, es una sensibilidad extraordinaria, que se levanta de su libro en músicas puras, en sinfonías maravillosas que rodean su mundo de altas ideas y su frente de excepcional inteligencia.

Es realmente admirable y conmovedor el hecho de que este poeta, sin tanteos ni vacilaciones, dé al Arte esencias tan puras, revele tal madurez, en una obra escrita antes de los veinticinco años, en una juventud de asombrosa riqueza, disponiendo de elementos técnicos y expresivos que, generalmente, son resultado de las continuadas experiencias y disciplinas de una edad más madura.

Muy pocas voces en la poesía chilena como la de este poeta, de tan pura resonancia, de expresión tan firme y destino poético tan elevado en los planos estéticos, en una juventud como la suya. No conocemos los poemas posteriores al libro que comentamos. Esperamos recibir extraordinaria y bellísima sorpresa.

Nos decía Alvaro Armando Vasseur una tarde, que los poemas de Díaz Casanueva se dispersaban en el espacio en haces de luminosos cohetes, abriendo en la noche anchas claridades; que cada verso de sus poemas pesaba un destino propio, una potencia virtual inconfundible. Muy próximas a ciertos aspectos de su poesía esto que nos dijo el creador de «El Vino de la Sombra». Por ejemplo:

¿Quién manda saltar mis sienes como sellos
[pálidos rotos?
¿Cuál es la leña que hizo de mi corazón un
[fuego negro?
Me visitan pies violentos, alas secretan en

mi redoma, un dedo azul arranca mi frente
[como una cáscara vana.]

Enciende sus cantos este lírico americano,
en ritos de finalidades puras. Sus pies corren el riesgo, a cada instante, de precipitarse en oscuros abismos irremediables; sus convicciones de explorador metafísico rehusan utilizar los límites como obstáculos serios a su seguro tránsito. Se piensa que el corazón del poeta, prisionero entre paredes de hielo, amenaza estallar por momentos, y que la sangre hirviente correrá por nuestro rostro, en recompensa final de nuestras devociones.

No obstante los subsuelos estremecidos, la poesía de Casanueva se entrega con una pureza formal y de gran artista. Es que el poeta posee los difíciles secretos y en su interior no hay combate posible entre fondo y forma, un solo ente fundamental para todo creador de capacidades geniales. La poesía le nace así, en límpidas perfecciones y aclarados contornos.

Los grandes enigmas y la sangre de sus cenizas, suenan en el canto tan levemente como el armonioso volar de una paloma en torno a su blanco nido.

C A R L O S A L B E R T O G A R I B A L D I

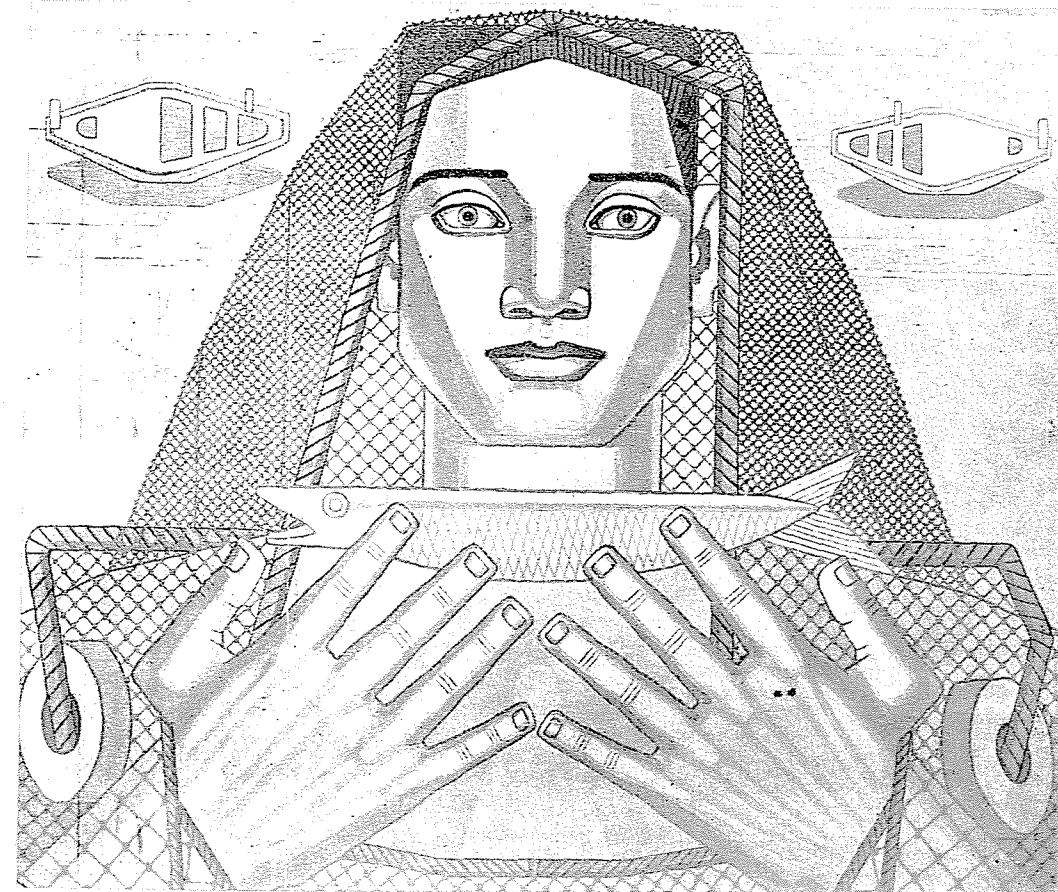


E S P A C I O

Del tiempo de los sueños vienes saliendo con las manos heladas
Al paso del corazón rumoroso, invencible en sus hojas
Apenas protegida por mi pecho, por mi pensamiento, a la aparición de las cosas.
Se trata de la caída de las manos y de las bocas y de las cabelleras
En desorden de incendio, en el más próximo punto
Y de los movimientos del cuerpo apacible, ajeno a los azules precipicios
Y de las angustias que suelen crecer no lejos de tu frente.
Porque eres la hermana de la cabeza de las aguas
En la edad profunda que iguala los viajes con la muerte.

Rosamel del Valle.

Santiago de Chile.



Maruja Mallo

Arquitectura Humana. 1937

M A R U J A M A L L O

Maruja Mallo es uno de los acontecimientos más felices de la pintura actual. Picasso le profesa una profunda admiración y Andrés Bretón dijo de ella las cosas más elogiosas. En las tres exposiciones que realizó, dos en Madrid y una en París se confirmó progresivamente el prestigio de su personalidad.

El sentido plástico de Maruja Mallo es claro y preciso; no está abanderada en una tendencia o en una escuela, tiene una firmeza tectónica para la expresión. Ella considera la pintura como un medio, el más primitivo, de comunicación humana. Y como si no hasta la amplia trascendencia del arte, Maruja Mallo busca ligar su obra lo más inmediatamente posible con lo humano. Cada arte tiene un lenguaje distinto para una misma cosa: el mundo. En el hábil manejo del lenguaje la obra será así el retrato del mundo. Por eso se considera la última obra de Maruja Mallo «La sorpresa del trigo», como

la síntesis de su personalidad. Una de sus preocupaciones fundamentales es el problema de lo popular en el arte. Por ella inicia una gira por América; quiere conocer ampliamente las culturas americanas para inferir los elementos que de ellas puedan extraerse. Dentro de la moderna evolución de la pintura, Maruja Mallo se coloca así junto a Rivera, Picasso, e los grandes representativos de los momentos actuales.

No recuerda desde cuando pinta; pinta desde que ve. Le parece que nació pintando. No ha tenido nunca maestro; no pertenece a ninguna tendencia; no concibe al mundo de la forma sino como una amplia libertad de expresarse. Ha realizado tres exposiciones de sus obras: la primera en 1928, en el local de la revista de «Occidente», en Madrid; organizada por O. José Ortega Gasset; la segunda en la Galería Pierre, en París, en 1932, y la tercera en el local de «Los Amigos de las Artes Nuevas», en Madrid, del 16 de

Mayo al 5 de Junio del año pasado, cuyo local se inauguró con Picasso, Abril 1936, siguiendo M. Mallo.

«La sorpresa del trigo» es una pintura real con una construcción sólida por dentro. Es la sorpresa del hombre ante la naturaleza, es la síntesis de la fertilidad de la tierra con el trabajo del hombre en que aparece el trigo como vegetal universal. El trigo es el símbolo pánico del mundo.

En cuanto al conjunto de obras que ha denominado «Verbenas», son ellas una representación de fiestas populares. Los «Espantapájaros» constituyen una pintura dramática y realista que contrasta con el optimismo de las «Verbenas». Las «Verbenas» es la expresión de una pintura alegre, barroca, infantil, si se quiere, hecha con un colorido netamente popular en que Maruja Mallo expresa su sorpresa ante lo popular. Es la mirada ingenua de una muchacha sorprendida ante el mundo y la integración infantil que de las cosas pudo hacer un espíritu aún no suficientemente profundizado.

En la segunda época, Maruja Mallo brinda «Los Espantapájaros». Un mundo de cosas agradables —dice Enrique Azocoaga— se ha convertido en la segunda etapa de la pintora, en desagradables elementos. En su nuevo momento encontramos cal, azufre, légamos, superficies quemadas, terraplenes, lagartos, sapos, culebras, arañas, cardos, setas, zarzas, hojas secas.

Celebra su segunda exposición en la Galería Pierre, de París, en el año 1932. La pintora se enfrenta con la pintura actual y eterna más importante. No va a desoír una serie de voces, ni va a desatender un venero de preguntas, sino a trazarse después de acopio de experiencias, las normas precisas para continuar su tarea. Al volver de París comienza para nuestra pintora la época de más dudas, de más vacilaciones.

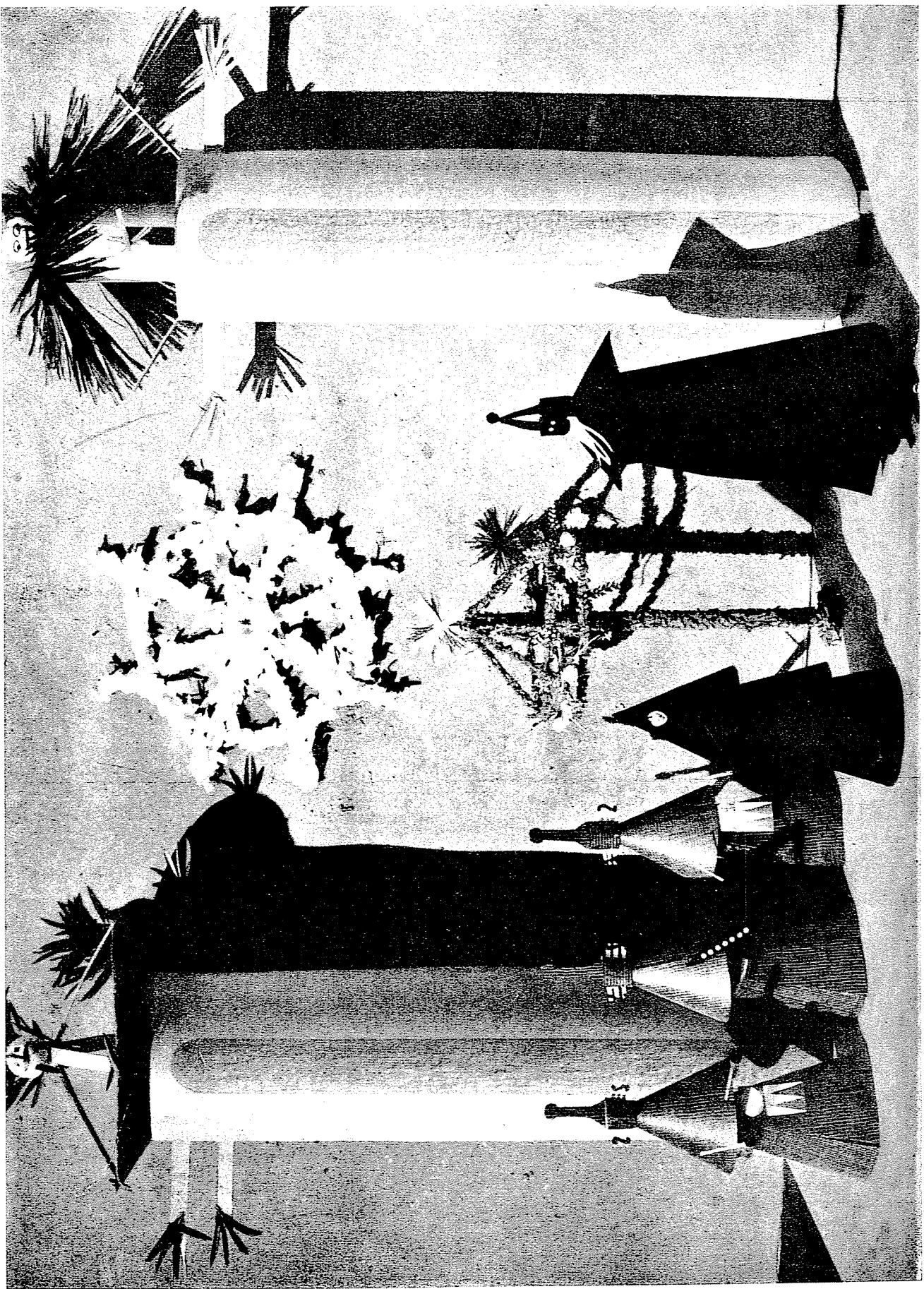
Los años 1933, 1934 y 1935 son años de gran preocupación, años en que la pintora se encuentra dominada fundamentalmente por la urgente necesidad de huir de lo abstracto, por la idea de lo documental y por el deseo de lograr en su pintura resultados que respondan a un perfecto orden interno. Puede parecer en tales circunstancias que Maruja Mallo se olvida por completo de dos importantes casos anteriores. Existe solamente junto a una complicación íntima grave, un deseo profundo de no caer en lo falso. Desea llegar a una pintura popular y dramática por un camino construido, seguro y ordenado.

La lectura de cierto episodio de «Don Quijote» suscita en Maruja Mallo una originalísima visión plástica de aquel famoso cortejo de la princesa Trifaldi. Si al contemplar estos extraños monstruos teatrales hablamos a la pintora de sus recientes muñecos, rechazará instantáneamente esa denominación. A sus monstruos no quiere Maruja Mallo llamarles muñecos. Estos muñecos que vestirán hombres teatral del clavileño son en realidad máscaras o arquitecturas escultóricas dispuestas a buscar como esqueleto el cuerpo humano, encargado de mover construcciones de esparto, madera, paja, lana y trigo. Tengo el concepto del escenario en tres dimensiones: se trata, por lo tanto, de un mundo que hay que hacer habitar con cosas reales y no con ficciones. La escenografía del viejo teatro estaba hecha con telas pintadas que vienen a ser como cuadros u relieve. Entonces debe haber allí materialidad, realidad sometida a los mejores efectos de luz, y agrupaciones escénicas ordenadas. Hay que crear el mundo de la escena y no la ficción de la escena. Todas las artes deben ser creación; la ficción hay que dejarla para aquellas manifestaciones que no han alcanzado aún ciudadanía constructiva. Denis dijo, refiriéndose a la pintura, que no había que olvidar que el cuadro tiene solo dos dimensiones; del mismo modo, no hay que olvidar que el escenario tiene tres dimensiones.

Terminado el grupo de plástica escenográfica, Maruja Mallo logra la colección de cerámicas populares, resueltas formalmente a base del trigo, del olivo, de la vida, del toro. En ellas, por una parte. Y retorna de este modo a lo ornamental, a lo característico de toda pintura: el espíritu popular gravitando sobre el color y los temas. Para Maruja Mallo como para todos los grandes pintores, la pintura es el equilibrio de formas y una armonía de colores. Va hacia la pintura documentada que es la tendencia de los grandes maestros de hoy; huye de lo abstracto donde naufragaron los pintores puramente intelectualistas. El surrealismo es el último sobresalto de una época de agonía, piensa Maruja Mallo. El arte abstracto surge de la discrepancia que existe entre el artista y el medio que lo rodea. Cuando sucede todo lo contrario, cuando hay estrecho vínculo entre el artista y el medio, surge una obra profundamente documentada y humana. Y a esto debe tender todo artista, a ser una contestación que la humanidad da al mundo.

Pablo Rojas Paz.

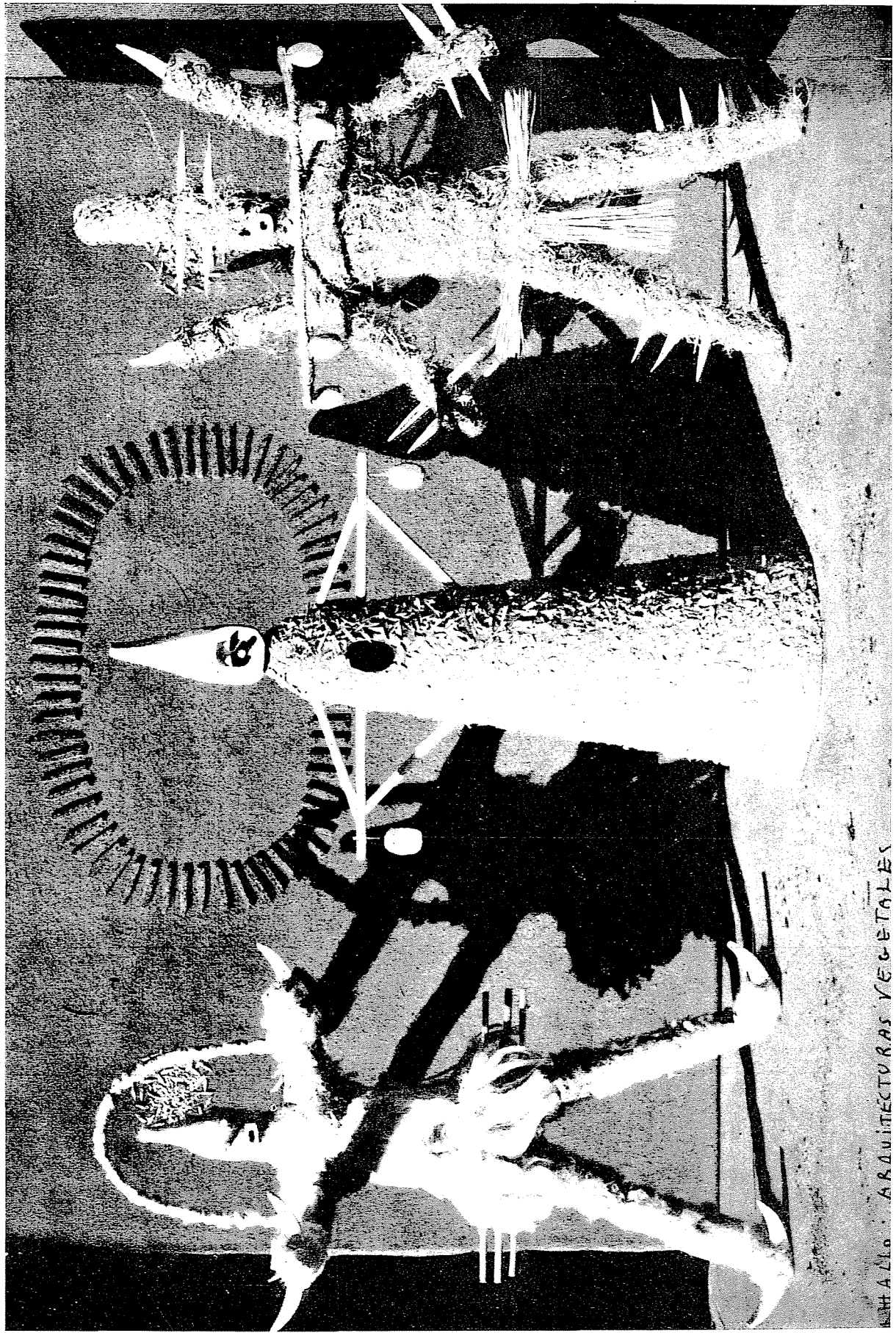




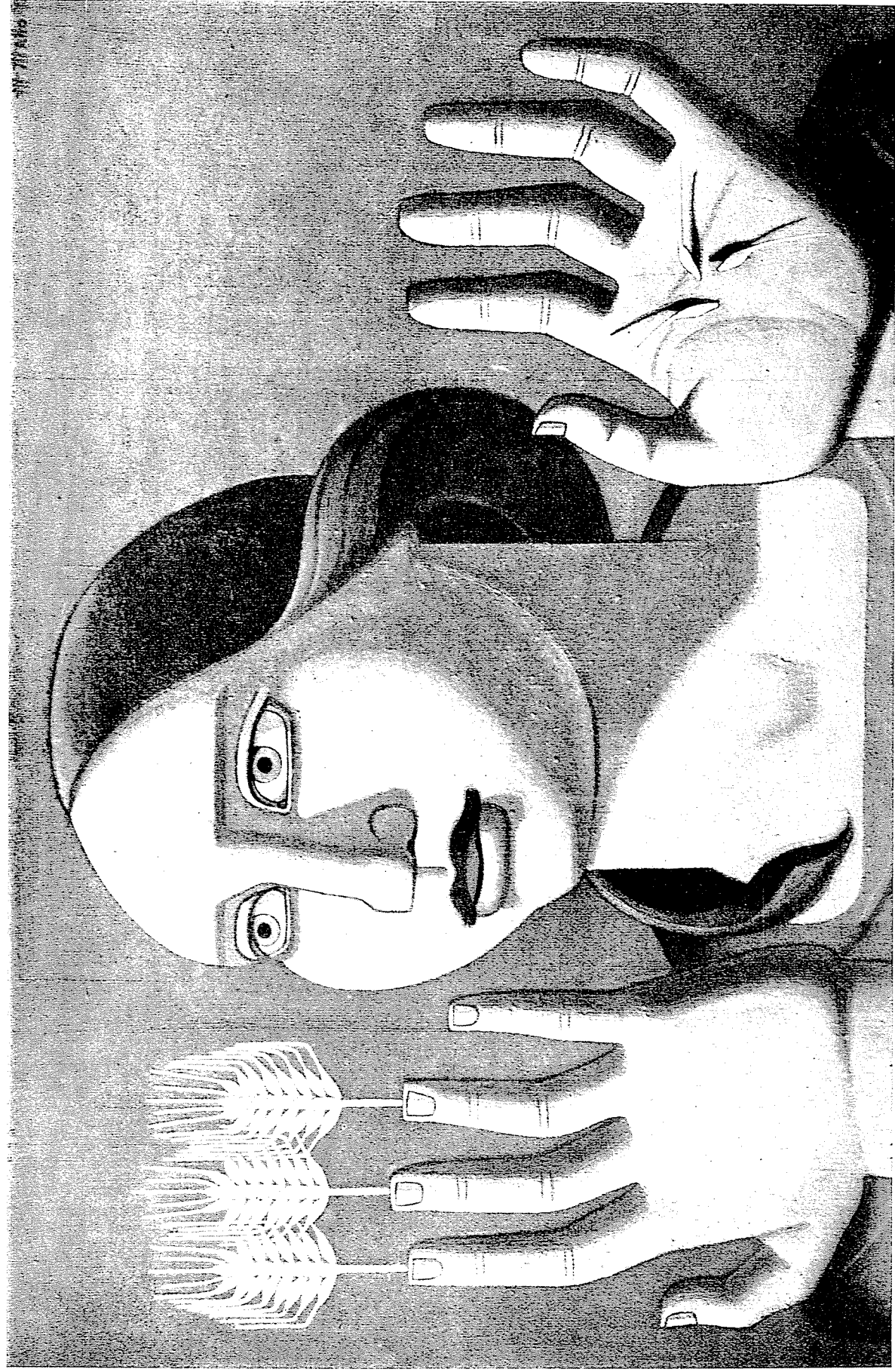


Maruja Mallo

Espantapájaros (1930). Propiedad de André Breton (Paris)



MALLO. ARQUITECTURAS VEGETALES



Maruja Mallo

Sorpresa del trigo (1936)



Máximo Gorki

Dibujo de Suárez

G O R K I Y « L A M A D R E »

Conferencia pronunciada por su autor en el Ateneo de Montevideo, durante la celebración de "La Semana de Gorki", que organizara el Comité Roman Rolland, en ocasión del fallecimiento del vigoroso novelista eslavo.

Máximo Gorki es, en nuestro concepto, el escritor más fuerte y representativo del período revolucionario en que vivió. Así como pensamos que debemos a Romain Rolland en su «Juan Cristóbal», la pintura más humana a la vez que estética del individualismo psicológico y moral de la pre-guerra, creemos que en «La Madre», como en casi toda la obra de Gorki, puede verse la epopeya del nacimiento y lucha, del amargo, promisor y desordenado sentimiento colectivo sobre el mundo.

Gorki es, pues, además de un noble espíritu artístico, un recio leñador, un rudo campesino eslavo que entró a saco en los bosques ceñudos para arrancar la materia primitiva de una nueva civilización y contribuir a echar sus bases.

Claro que su obra no nace ni se desarrolla aisladamente. Tenía que ser ruso quien tal dijera y representara con tal virginidad y tesón, atravesando las estepas del tiempo; tenía que serlo, porque el amplio movimiento de los hombres del espíritu hacia la lucha social en favor de las reivindicaciones —cuanto más negadas, más crecidas— ya había da-

do allí en la nieve muchos mártires y había plasmado muchas obras relacionadas con el amor a los humildes. De esa histórica pirámide de sacrificios, de almas perseguidas y humilladas por los déspotas, surge al fin Máximo Gorki y en un esfuerzo tremendo desciende desde la cúspide de las conquistas técnicas y las purezas sentimentales y las reciadumbres psicológicas, que son Turgueneff, Tolstoy y Dostoyewski, para recoger de las barbas paisanas, como un sencillo viento amigo, el sentido popular revolucionario.

Lo va a arrancar primero en la inconsciencia, en el profundo cenagal luminoso, donde lo más desgraciado, los ex-hombres, son testimonio hirviente de la descomposición de la sociedad; y les presta entonces el pensamiento alto de su espíritu solidario y poderoso, porque él piensa, con la piedad de la poesía, que el orden se deshace a veces inocentemente:

A veces el destino se accidenta en nosotros
y los míseros huesos se vuelven importantes
y arrojan en la noche resplandores extraños.
en la noche poblada con las preguntas grandes.

Allí aprende a soñar y el sueño es un man-



dato. Por eso Gorki, verdadero héroe de su cultura, es la figura de mayor relieve sobre los campos arados de la revolución obrera y campesina. Y por eso su muerte nos conmueve y nos convoca unánimemente, a todos los que sentimos la dificultad de sus obras y su triunfo —la dureza de su gesto y su amor— la talla de su efigie simbólica y la ausencia que esa muerte acuesta, sobre la ancha sombra del mundo.

Ya hemos sentido pues, su muerte minuciosa, con la figura de «La Madre», que él creara, inclinada sobre su lecho, cerrándole las viejas y grandes puertas de su corazón.

Ya hemos pensado en Gorki moribundo y en los escritores soviéticos allanando en su derredor toda la nieve de la antigua Rusia para aclimatarle su primer silencio grande...

Y hemos pensado en el pueblo elegido que le rodea besando su memoria, humildemente, misteriosamente. Y en sus desterrados, en sus vagabundos, en los cacharros rotos de la vida cambiados de destino, que no adivinan cuánto los amó y con qué esfuerzo les entregó su salud y su palabra...

Nosotros no podemos decir frente a su muerte que hoy en otro albergue de pobres se embriaga y se enternece; ni que enciende en la montaña su secreta tristeza... Pero podemos proclamar que la Humanidad estaba presente en su muerte, segura de su memoria; y que el proletariado del mundo, siempre sen-

cillo y aparentemente torpe pero seguro en sus instintos mesiánicos, trocaba su dolor en una marcha extraña hacia la lucha y hacia la esperanza, con los puños en alto y la tierra interior toda inundada...

Nosotros ya hemos logrado unir nuestro reclamo a la despedida coral con que la tierra misma le brindó —sonoro árbol caído— en estos días en que se encienden fuegos en la marcha hacia la felicidad humana. ¡Más aún! Nosotros hemos saludado en la muerte de Gorki, la poderosamente serena voz del Destino. Del Destino, camaradas serios, que no es una palabra religiosa, que es el mejor rostro de la historia en la imaginación del hombre, que es la unidad de los fenómenos, que es el dichoso corazón de la dialéctica con sus movimientos sanguíneos, determinando la vida de los seres y las noches y los días...

Por eso mismo ahora, sobre la vieja estampa silenciada, hallamos otra vez la vida y la dulzura de «La Madre» victoriosa, de esa madre ante la cual cada una de las otras que andan por el mundo, es una suave imitación del alma; de esa madre cuya proclamando otra vez ante toda la pérdida, la augusta paz de la gratitud, la augusta estatuaria del amor, sin llantos, con sólo una detención del pensamiento sobre el camino, con sólo un ademán de afecto más hondo al día que llega, a la vecina naturaleza, a la claridad del trabajo en la solidaridad humana...

La vida de Gorki —su obra— es una parábola cumplida a imagen de las esferas que nos aprietan y nos levantan, a imagen de las copas y de los campos que nos sostienen. Nace en los bajos fondos y los ama; se afirma en viajes largos; sueña en el mundo con el ardor del Volga; culmina en sus profecías estéticas, en «La Madre», que es el mayor símbolo logrado por su corazón; y vuelve al ritmo convulso del proletariado para acompañarlo en la construcción de la justiciera vida que comienza.

A la muerte de Gorki, pues, estas palabras nuestras, porque «La Madre» lo reclama vivo.

«La Madre» es la novela de la lucha social realizada sobre una amplísima base de sucesos y de angustias; con un sentido humano de fe o de esperanzas levantando esos hechos, dándoles tonalidades finas, iniciándoles como una música en el corazón del hombre; y construída con un firme sentido artístico de masas grandes ordenando las épocas y las filas...

Hemos dicho una vez que toda obra de arte es el edificio de un sueño o de una sensación, el monumento plástico de un estado de espíritu. Así la poesía, decíamos, se ve más que se oye, se siente construirse en el espacio.

Frente a «La Madre» de hoy, podemos comentar sencillamente que culmina, como un castillo soñado, —mejor aún— como un hospital de la justicia, la montaña de dolor del pueblo sojuzgado y deja ver, en amplios ventanales de heroísmo, de ternura, de sacrificios, de fe colectiva, de secretos como presagios, —como vientos— de verdades como canciones en la distancia, el horizonte mayor de una época, la línea más cercana de la verdad futura, allá donde la fe y la conciencia se aúnan para sostener el paisaje de los hombres... la perspectiva histórica. Por eso queremos decir que esta novela es una *obra profética*.

Pareciendo ser, pudiendo ser este edificio moderno lleno de claridades humanas, de virtudes, una universidad de la acción, resulta eso y más; resulta, por el espíritu vigoroso del artista, por esa alta presencia de la madre que higieniza el alma de los hombres y sus hogares, por esta rediviva Palas Athenea puesta en el corazón del caos social, el sereno templo de una crecida esperanza, donde se puede depositar la angustia para dulcificarse y recoger la belleza de la vida, la sintética vida, «el resplandor de la verdad», que diría el griego, el arte, para seguir creyendo.

Profecía pues, que en un viejo sentido es poesía, es decir, religión y realismo, marcha hacia el más allá que está en el tiempo con el más allá que hay en el hombre.

Cuando la madre augusta asiste en alto al entierro de Jorge, —el más estoico—, todo el sentido de aquellas grandes horas del entierro de Patroelo, el de la Ilíada —la moral con angustia, el despertar de Aquiles, la venganza, la fe, la desesperación— se mezclan, mientras se sobrecoge Palas Athenea, ahora la madre, la más amiga de los hombres y la más divina a un tiempo, y aprende la grandeza heroica de sus hijos queridos. Con este miedo humano y esta esperanza mística, tiernamente se besan las épocas y los símbolos. Y el corazón de La madre, llama votiva, oscilando, temblando, ilumina una nueva noche de la Humanidad...

El vozarrón de Gorki sobre Oriente, crece en «La Madre», para volverse la profecía de su pueblo sobre el mundo.

Un eco polar de los «bilini», los bardos

errantes de la primera Rusia, herederos homéricos, poblaba el corazón épico de Gorki. «De las encarnaciones mitológicas de las fuerzas naturales —dice Kropotkin— nacieron paulatinamente, en el Oriente, los héroes humanos». En parecida manera, de las encarnaciones idealistas de las fuerzas históricas nace «La Madre» que es una novela de héroes y tiene su creador en un «bilini», en un aeda poderoso. Por eso es un libro profético que anuncia a través de sus héroes toda la historia de Rusia, donde se produjo el parto doloroso y oscuro de un nuevo cuerpo social. Y por ella, la historia próxima del mundo.

Siempre hemos creído que los caminos ciegos del conocimiento artístico, tan distinto de los científicos, son recorridos, y en esto está esa diferencia, por una permanente exaltación. Así en Gorki que, como todos sus grandes predecesores en la prosa esclava, equilibró el realismo pasajero con la ancestral forma universalizadora, con la embriaguez total de la forma, con la fuerza que atraviesa la estepa, agita el corazón del bosque, y después entra en la melodía de la canción cosaca, siendo recién entonces un verdadero saludo de la tierra, hecho con distancias humanas desde su superficie...

Como en el «Anunciador de la Tempestad» que «creía y lloraba de gloria», así en esta novela, su arte duele y canta el sentido de la rebelión y de la libertad. No puede limitar-



se, pues, este exaltado realismo profético, al que Turguenef se veía en Riechotnicow cuando clasificaba «la serena verdad de Riechotnicow», puesto que la voz de Gorki es preciso vivirla minuto a minuto cuando se la lee, en la angustia y en la alegría, porque «La Madre» es la novela de la agitada verdad, la odisea de nuestra verdad!

Cuando Shakespeare halló en el corazón de un príncipe la humana duda metafísica, no podía saber que Dostoyewski la iba a repetir y a transformar en plástica, con la carne misma, crudamente, a través de un paisaje de humildades. Y no podía saber que Gorki iba a descenderla más, iba a hundirla en el fango, allá entre los vagabundos pensativos y filósofos, allá donde la carne de los hombres está viviendo pero ya es la tierra... Con Gorki en sus relatos muere Hamlet y las lamentaciones, para dejarle paso a esta novela donde está el militante y la consigna. ¡Bello y profundo sentido de las cosas! Repetición de imágenes, diría más tarde Pilniak en su «Volga desemboca en el Mar Caspio». Con Gorki muere Hamlet entre una grande orquestación de vicios y miserias, con una melodía de sueños puros... y enseguida con Gorki renace la firmeza y vuelve «Don Quijote libertado» a dirigir de Sancho la sencillez y a desfacer entuertos. La Humanidad, La Madre, está asombrada y le surge alegría por la carne y por las venas una vida nueva...

Ya no conviene aquí llamar locura o idealismo a éste que une los hechos con una fuerza simbólica, profética. Es la «Condición humana» rediviva; es el sentimiento carnal de la fraternidad, es lo concreto descendiendo o sosteniendo a la idea liberadora como un apacible manto —tal el juego de la noche y el sol— es la dulzura de la amistad en el bien y en la belleza, es ésto que hemos ido diciendo en la literatura: Lunacharsky, Pilniak, Malraux, Gladkow; es el realismo socialista! En «La madre», que lo reanima todo, de donde todos provienen, llega a la muerte misma esta dulzura artística plural. Para Tolstoy la muerte fué una tragedia del conocimiento, una angustia. Para Rieschotnivov el realista, una liberación, un descanso. Para Dostoyewski nada: no existía la muerte, tanto amaba la vida, tan a fondo la penetraba, tanto la lloró... Para Gorki la muerte se nos transforma en canto... Realismo socialista, señores. Una nueva manera de sentir el espa-

cio y el tiempo, la soledad y el silencio, la cultura y la ignorancia. Todo se puebla de hombres, de vida, de verdad en camino, de claridades fraternas... Romain Rolland diría: Es el alba, señores!...

No queremos detenernos en la lectura porque basta el sentido para poblar la atmósfera, pero oigamos un punto a Gorki ahora y continuemos:

«Es estúpido que me calle, Abuela. ¿Qué iría ganando? Algunos minutos de agonía más y perdería el placer de hablar con una mujer de corazón... Yo no creo que haya en el otro mundo tan buena gente como hay en éste...»

Otro episodio:

«Se acercó al muerto, se inclinó y le besó la mano.

—Mi querido compañero, mi amado compañero —dijo en voz baja y desolada— te doy las gracias de todo corazón... ¡Adiós! Yo trabajaré como tú, sin desmayos, sin vacilar... toda mi vida, por los que sufren... ¡Adiós!...»

Y el comentario de Gorki llega pronto.

«Sus labios están muertos, pero sus palabras viven en el corazón de los vivos...»

Este es el sentido de la canción, el idealismo estético sobre la realidad.

Dijimos ya que esta novela es una obra profética en lo literario y en lo social. Agreguemos que, por consiguiente, es un obra



moral. Un texto para adultos, la obra más moral de la literatura viva.

Gorki se había preguntado ya por boca del «Lector» cuál era el fin del hombre en su tránsito a tropezones por este peñaseo de la atmósfera. Y se había respondido:

«¡Oh si viniese un hombre severo y vibrante de amor, con un corazón ardiente y un espíritu poderoso, capaz de abrasar todo en sí! En la sofocante atmósfera del ignominioso silencio, sus palabras proféticas resonarían como los tañidos de una campana que tocara a rebato y posiblemente hasta las miserables almas de los muertos vivientes se estremecerían!»

Después de esta esperanza que ya tenía en su conciencia la respuesta aún oscura, ha de haber sentido dibujarse la Humanidad como una figura talar en el horizonte, porque logró dolerse hasta alcanzarla y nos dió «La madre», que abriérale las puertas de su siglo y con él la gloria... Nos dió «La madre», dulce Pelagia tímida, quebrantada y renacida, en cuyo derredor los héroes van a la cruzada revolucionaria, a la conquista del sepulcro sagrado, éste que ahora vemos sosteniendo la llama del soldado desconocido, donde hace tiempo ya que se sacrificó el espíritu. Y que es preciso redimir.

Aquí nos habla un héroe y hallá otro, alternando la palabra y el hecho con una gran necesidad de espacio:

«¡Todo ha cambiado, sí... y así es como debe ser! —declaró Andrés— Esto es porque en la vida se desenvuelve un nuevo corazón, madrecita. Los corazones están todos destrozados por la diversidad de intereses, roídos por la ciega avaricia, mordidos por la envidia, cubiertos de llagas y de heridas purulentas... de mentira, de cobardía... Los hombres están todos enfermos, tienen miedo de vivir; se diría que andan errantes por entre la niebla... que cada uno no conoce más que su propio dolor... Pero he aquí que sobreviene un hombre que ilumina la vida con el fuego de la razón y que grita y llama: ¡Eh, pobres insectos extraviados! ¡Tiempo es ya de comprender que tenéis todos los mismos intereses, que cada cual tiene derecho a vivir, a desenvolverse!» Este hombre que grita está aislado y por eso clama en alta voz; le hacen falta amigos; se siente triste tan solo, tiene frío. Y, a su llamamiento, todos los corazones se juntan en uno sólo, per



lo que tienen de mejor, formando un corazón inmenso, fuerte, profundo, sensible como una campana de plata... Y he aquí lo que nos dice esa campana: «Uníos, hombres de todos los países; no forméis más que una sola familia! El afecto es la madre de la vida y no el odio». Hermanos, yo oigo esta campana.

Y yo también, —dijo Pablo.

¡Qué simple es la moral, señores míos, cuando se le da el tamaño universal que debe tener...! ¡Qué simple y qué maravillosa! ¿Dónde queda el concepto de patria en un sentido de rivalidad, dónde el de familia en el mismo sentido; dónde el del individuo aún como un todo? Gorki se lo había preguntado en su desvelado «Lector» y él mismo se responde haciendo sonar bajo los ámbitos el gigantesco badajo de su amargura frente a la insondable atención amorosa de la Madre...

Cuando ésta, Pelagia, ante el claro silencio producido por la desaparición de los rigores del esposo, ante la paz inesperada en que tiembla el corazón y apenas vuela... ve a Pablo, su hijo, y a los otros hijos que luchan a su lado y siente que la aman y que son niños y que sueñan y que sufren... y, sobre todo, que están tensos ante los hechos que pasan —tal instrumentos donde la vida ciega pulsa su sentido—; cuando la Madre se asombra de la renovada ternura de su pensamien-

quedaba hasta hace poco un testimonio vivo. Fatigado volcán es su sepulcro.

No es extraño, pues, que el pueblo soviético ante la tumba de Gorki reviviera entonces, por boca de la esposa —el alma palidecida de su tierra— aquel olvidado ya, ancestral sentido de lamentación.

No es extraño que repitiera ante la tumba de Gorki, la queja de la esposa del príncipe Igor en el viejo canto épico eslavo, ante los elementos desencadenados:

«¡Oh viento, viento terrible! ¿Por qué soplas, señor mío, con tanta fuerza?...»

¿No te basta con soplar entre las nubes y mecer en el mar las naves sobre las olas azules? ¿Por qué, Señor, has abatido mi alegría sobre las hierbas de las estepas?...»

No es extraño pues, que el alma alegre de

la Rusia joven fuera por el mundo, como espantado caballo blanco sin dueño, cuando perdió a este campesino máximo...

Y tampoco es extraño que sintieran dolor todos los pueblos y que en la tierra toda, al humillar insignias, fueran ríos de sangre las banderas!

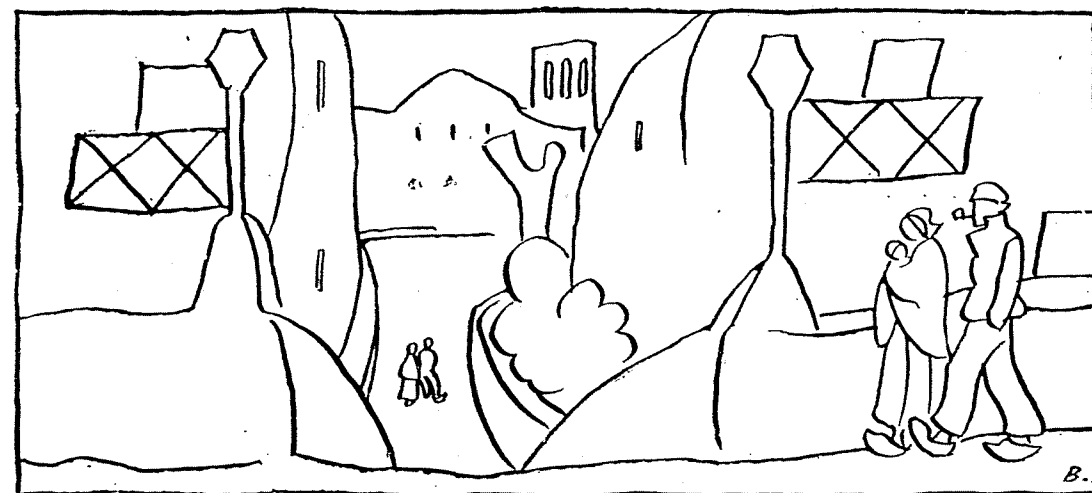
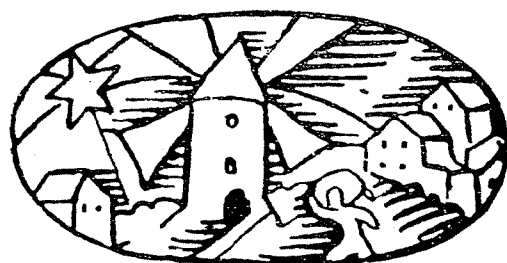
Pero extraño sería, que al descender de brues la conciencia, La madre no nos viera!, La madre no nos levantara y La madre no nos repitiera el discurso que el hijo le dejara para elevar las almas de la tierra...

«A nosotros no hay nada que nos impida ser interiormente libres...»

La masa de nuestros obreros y de nuestros campesinos será libre y creará un mundo libre también, armonioso e inmenso. ¡Y esto será!»

(Dibujos de Barradas para «Los Bajos Fondos» de M. Gorki)

C I P R I A N O S. V I T U R E I R A



D E F E N D A M O S E L P A N

a Maruja Mallo.

Hay quienes se desvelan con la hormiga
en labor de sepulcro,
porque entre los oficios de los hombres
también los hay de muerte.
El pan que es la primera bendición,
transfigurada espiga y amistad de la tierra,
no será en esas manos cántico y ceremonia,
soledad y presencia del mundo,
sinó corteza y miga.
El pan es un hermano terrenal del Verbo.
Con paciencia miope,
con voluntad secreta de gusano,
hay quienes se desvelan en el acto
de destruir la religión del pan,
de roer los cimientos de lo que el hombre crea.
Tan sólo el pueblo sabe del paso de los bueyes,
de la red pescadora que tamiza las aguas
y de las hoces, curvas,
porque no quieren parecer espadas.
Qué orden es este de lutos y de azufres,
que afrenta la esperanza,
que con su prevenida vara de mercader
limita los destinos, altos como las aguas.
Los sapos de las charcas invadieron la tierra,
templo y horno del pan.
¡Qué nube funeral vestida de clemencia

descarga sobre el mundo estas lluvias de pestes!
 ¡Qué será de la tierra cuando estériles manos
 tronchen el cereal y sequen las corrientes!
 Hay quienes colaboran con la hormiga
 y vuelan sobre escobas con la cruz en la mano.
 La tierra quiere la semilla, el mar
 pide la red en una función rítmica,
 el buey avanza siempre como arando.
 Regocijo del campo y el hombre en la labor.
 Fervor de fuerza del verano.
 Lumbre de invierno con el pan cortado.
 El hombre ama la muerte de símbolo sagrado,
 pero hay quienes se abrevan en la fuente
 de la sangre, cambiándonos la alondra
 por un cuervo de sordo graznido encapuchado;
 quienes dicen el odio en forma de alabanza.
 Padre, no me olvidaré nunca de tu España.
 Yo no veré, sombría de florecida piedra,
 tu casa humilde, ametrallada.
 Padre, tu me iniciaste en el misterio
 de existir y cantar,
 al darme el pan, de niño, a la hora de yantar,
 al santiguar tu frente con el signo cristiano,
 al balbucir rezando las palabras que digo:
 —Yo trabajé la tierra y aventé el trigo.
 en la mesa, al cortar el pan con tu mano,
 Han llegado las horas sagradas de mis días.
 Padre, yo quiero hacer lo que tú harías:
 defender el pan
 con el cual parecías un dios en nuestra infancia.
 «Al principio era el Verbo», nos enseña San Juan.
 De ese Verbo divino el pan es la Substancia.

González Carbalho.

Mayo 28 de 1937.



D E S C I E L O

Las estrellas de esta noche
 —la hoja de mi almanaque
 marca el 1 de Setiembre—
 las estrellas de esta noche
 nos están mirando, mira.
 Como están lejos, tan lejos,
 a un tiempo mismo nos ven.
 Para ellas estamos juntos,
 como estábamos, y entonces
 fué milagrosa verdad
 para las de aquellas noches
 cuando se moría Julio
 y Agosto resucitaba.

Porque los meses se mueren
 y las estrellas también,
 que «si un día — ay — es el siglo
 de las flores, una noche
 es la edad de las estrellas».
 Y éstas no son, nunca han sido
 las que lucían anoche,
 las que lucirán mañana.

Quando tú ¿soñando? duermes
 —ritmo de olvido y de espuma—
 se nos mueren las estrellas.

Y tu amor y el mío, el nuestro
 mueren, y al nacer son otro,
 y otra vez otro, son una
 cadena eterna de amores.
 Porque tú no eres tu sola.
 Eres tú, y tú, y tú. Eres muchas
 y siempre que te contemplo,
 lumbre estrenada y distinta.
 Pero no temas. Conozco
 tu fulgor, aunque se mude.
 Te quise ya tantas veces
 desde que nos conocemos.
 Levanta, pues, la cabeza
 y en esas estrellas únicas
 de cada noche, tan breves,
 tan puras, tan bellas, hunde
 tu luminosa mirada,
 orbe celeste perdido
 para mis ojos de tierra.

Mis ojos, sanos y abiertos,
 no ven. ¡No ven! Aunque os miran
 mis compasivas estrellas.
 Pero no ven. Sufren pena
 de descielo, descelados.
 Si el desterrado se queja
 ¿qué haréis vosotros, mis ojos?

G E R A R D O D I E G O



L I B R O S

«Nocturno Europeo» y «La Ciudad Junto al Río Inmóvil», de Eduardo Mallea. Ed. Sur. (Buenos Aires).

Eduardo Mallea, escritor, vive el clima de los creadores. Un creador se apodera de la realidad y la expresa con lirismo, con el acento encendido de un poema. En el «caso Mallea», el novelista de excepcional calidad está junto al hombre: he aquí lo extraordinario de nuestro tiempo.

El hecho de que «la persona es una categoría espiritual y religiosa, nos prueba que el hombre no pertenece sólo al orden natural y social, sino también a otra dimensión del ser, al mundo espiritual», escribió Nicolás Berdiaeff. De ahí que, así como el escritor argentino se angustia frente a las incógnitas actuales, los personajes de sus novelas vibran con la verdad pascaliana: «le silence éternel des ces espaces infinis m'effraye», pudiendo a tales hombres aplicarles para testimonio, estas palabras de Ramuz: «se sienten perdidas en el espacio, al mismo tiempo que han perdido la fe; o —mejor dicho— la visión de esos espacios le han hecho perder la fe, de manera que están como perdidos dos veces de toda talla humana».

Vivimos un siglo de tragedia. El caos social aviva el desorden espiritual. Pero el hombre moderno aspira a salir del caos, ir a un «nuevo orden» construido. Ortega y Gasset se refería cierta vez, a la necesidad de «estar entrenados»: una especie de entrenamiento para erguirse sobre el caos es la lección que vamos a aprender.

Los caminos son múltiples, las desviaciones que conducen a la esterilidad se multiplican. Razón tenía Gertrude Stein al decir: «Sois una generación perdida». Eduardo Mallea, con la firmeza de su vocación de escritor en sus dudas de hombre —hombres moradores de etapas contradictorias del mundo— ve el caos. Europa le ofrece la intensidad de sus sombras en «Nocturno Europeo» (1935), América (Buenos Aires), hace que comparezcan ante sus ojos, seres que «llevan a un tiempo, esa efusividad epidérmica y esa taciturnidad profunda», en «La Ciudad Junto al Río Inmóvil» (1936). Ambos panoramas esenciales, elaboran su sensibilidad, y su sensibilidad lo acerca al conocimiento de su propia misión de creador que como hombre quiere decirnos su verdad. ¿Y de qué manera? Teniendo en cuenta que la «función del escritor pueda ser hoy una acción, operante por su concurso», considera que es «una pa-

sión, operante por su sacrificio», en su concepción universal y verdadera desde «el estado de tormento puro».

Un *nocturno* «desagradable abarrotado de confusión y de apuro. Eso era lo que yo había escrito», declara Eduardo Mallea. Evidentemente su Adrián percibe las estruendosas notas y apagados sonidos de esta noche sin alba, con su drama de intimidad, que lo es de soledad. Es el drama de una vida consciente, que por la conciencia se pone de pie, buscando polarizar su salvación por la ruta eterna del espíritu. En este «Nocturno Europeo», el libro americano más denso de estos últimos años, hay verdad y poesía en el retrato cabal de un hombre (tal como lo quería Goethe en el título de su autobiografía): un hombre que ha despertado en la historia con invenciones de su inteligencia. Documento de este tiempo, tiene la calidad y la hondura de las obras perdurables. En sus páginas, junto a la maestría de un estilo, está la época en manos de un artista que penetra en el estado de pasión de sus criaturas con la seguridad del gozo logrado: un artista y un hombre que sabe con Sören Kierkegaard que «la angustia es una expresión de la perfección de la naturaleza», «porque aun el orden viene a un espíritu de la extensión y profundidad con que ha sido llamado por el desconcierto original. Así como sea de complejo el caos de un espíritu, así será de rico su orden».

En «La Ciudad Junto al Río Inmóvil», estamos en otra latitud: el que habla «es ese nuevo hombre de América, intacto, no contaminado», «preparando su canto, su expresión».

Largos años de mutismo, le valieron a Eduardo Mallea su maduración. El escritor ha madurado en la soledad, en un silencio constructor que baja hasta las profundidades del ser, para elevarse con su pureza, con su integridad; para expresarse desde *sí mismo*. De mil novecientos veinte y seis son sus «Cuentos para una Inglesa Desesperada». Nueve años transcurren hasta «Nocturno Europeo»; diez, hasta «La Ciudad Junto al Río Inmóvil». Los escritores de su generación agitáronse en una demagogia literaria que hoy volvióse desaliento y esterilidad, en esa algarada dispersa de políticos y vanguardistas sin penetración en tierra de la verdad

captadora de la secreta materia, del misterio de la creación.

Eduardo Mallea, saliendo de su austeridad contemplativa por un deseo de liberación, ha reanudado ahora su comunión con nosotros, justamente cuando los hombres de su edad han callado en un agotamiento de pasiones y egoísmos personales, de odios sin fertilidad. Su emoción auténtica de escritor vino cuando el momento espiritual lo exigía. Es que Mallea no ignora «que millones y millones de hombres americanos se están buscando, los ojos cargados, taciturnos, la boca dramáticamente plegada, en ese obstinado silencio, la voluntad tensa, la conciencia soportando el obscuro trabajo subterráneo de la gestación, todo el ser un poco sombrío y a la expectativa, como esas muchachas hurañas que llevan en las vísceras el hijo». . . Ese Avesquín, esa Ana Borel, ese Juan Sebastián Solves, Cristiana Ruíz, Jacóbo Uber, Adrián Aguilar y Tota Aguilar, Mur y Durcal, habitantes de Buenos Aires, lo atestiguan en la entrega de la carne viva de su insatisfacción, en su desnudez sin hipocresía ni atuendo, en este tiempo lacerado.

«¡Gritemos lo que somos, declaremos nuestro contrabando delictuoso, nuestra carga clandestina de incertidumbre e inhibición y falta de simplicidad! Gritemos nuestro contrabando. Si no, ¿cómo ayudarnos? ¿Si no, ¿cómo concurremos a salvar este terrible hora, este minuto sin ventanas, este desastroso aprisionamiento del hombre en su peor celda, la de la ciega sordera ante el vecino aprisionado?» Eduardo Mallea cuenta en su «Nocturno Europeo» que vió a un grupo de campesinos en Fiésole, reunidos en una discusión. Distinguió esta frase: «No se podrá producir de otro modo. Será por la sangre que chorreen algunos como se salvarán los otros. Pierdan cuidado, no dejaré de matar cuando una muerte salve del hambre a mis hijos». . . Y esta otra: «Será necesario. . . ¡Claro que será necesario!» Y luego una voz que comenzaba otra frase más, imposible de asir, con el nombre de Lenin. Y un obrero de mameluco azul: «Sí —dijo— claro que quiero mezclarme en ello. ¡Lo quiero hacer! ¡Lo quiero hacer! Todo sea por octubre, «nuestro octubre». La noche ardía. . . , anota el escritor. Había que prestar oídos a las

obscuras voces galopando sobre la tierra, mastica su Adrián.

«Las obscuras voces galopando sobre la tierra.»

Romualdo Brughetti.

UNA CONCIENCIA CONTRA LA TIRANÍA, por Stefan Zweig. — Ediciones Ercilla. — Santiago de Chile.

Clasificar a Zweig como biógrafo resulta limitar una magnífica personalidad literaria. Zweig no es el biógrafo que, tras el paciente estudio de las bibliotecas, revive el personaje histórico: la misión que se ha impuesto y que cumple brillantemente es la del pensador. En él una biografía quiere decir una época, con todos sus problemas, ideas y hombres, y más todavía, con su proyección sobre el futuro. Además, Zweig es un apasionado, virtud que puede no ser necesaria al simple biógrafo.

En «Una conciencia contra la tiranía» el biografiado no es solamente Sebastián Castiello, a quien dedica el libro, sino también Calvino, Servet, Ochino, y paralelamente Ginebra, la capital calvinista y en especial modo la intolerancia del calvinismo, con todos sus ajustados resortes de dictadura ideológica degenerada en la más feroz tiranía.

Vivos y apasionados son los capítulos de Zweig. Del dato histórico, del libro olvidado, de las cartas de la época, las fechas muertas, desentraña el documento más perfecto e interesante. A través de la obra una época nace, se eleva hasta su mayor esplendor, y luego, previa descomposición, muere. Zweig no sabe de neutralidades cuando escribe: sus ideas y su sensibilidad pesan demasiado para que él intente eliminarlas, razón por la cual sus simpatías hacia Castiello se traducen a cada momento. Porque él cree, como su héroe, que «la intolerancia produce inevitablemente la guerra y sólo de la tolerancia nace el establecimiento de la paz». Y Calvino, hermético y siniestro, frío y calculador es la intolerancia que sojuzga, domina y mata la conciencia humana, mientras su rival en espíritu, rival y víctima, escribe: «Buscar la verdad y propagarla, tal como uno la concibe, jamás puede ser un hecho delictuoso. A nadie se le puede imponer una conciencia. La conciencia es libre». Bella bandera que viene de tan lejos hasta nuestros días, y que tantos sacrificios ha costado a los hombres que la levantaron. Los libros de Castiello

censurados y quemados entonces han resistido la acción de todas las llamas. Cabe recordar aquello de Wells: «Ningún libro ha sido suprimido por las llamas. Pueden sufrir los hombres y pueden morir pero el pensamiento humano sigue avanzando».

La razón es el arma de Zweig, también perseguido por la Alemania hitlerista y cuyos libros, como los de los libre pensadores del 1500, conocen las llamas de la hoguera. Sus páginas son de análisis de razonamiento, de polémica y la historia entonces resulta viva y agitante, como si nosotros mismos fuéramos sus protagonistas.

Para los libre pensadores, los humanistas, los tolerantes, Zweig dice su verdad reconfortante. Porque cree en el espíritu inagotable del hombre. Y lo cree con fervor, exaltado, dirigiéndose no solamente al ayer, sino al presente y al porvenir.

«Todas las tiranías envejecen o se adormecen a corto plazo, todas las ideologías y sus victorias temporales fenecen con su época: tan sólo la idea de la libertad espiritual, la idea de todas las ideas, que por eso solo no sucumbe ante ninguna, tiene un eterno retorno, porque es eterna como el espíritu mismo».

REVISTAS Y TRIBUNA CULTURAL.
— Organo Cultural del Comité Contra el Antisemitismo. — Montevideo.

Bella obra realiza el Comité contra el Antisemitismo al publicar esta revista, rebozante de un material literario de extraordinario valor. Los más interesantes espíritus de la raza judía reflejan a través de sus páginas el aporte valioso que las altas mentalidades de la misma han allegado a la humanidad, tanto en el arte como en la ciencia. Esta vez serena y seria hace un gran bien en esta hora dramática, cuando intereses y odios políticos agitan en todo el mundo, la odiosa bandera del antisemitismo, que también ha sido enarbolada en nuestro medio.

CUADERNOS RECADOS DE «FÁBULA». — Director Marcos Fingerit. — La Plata. — R. A.

Marcos Fingerit, noble escritor argentino tiene un concepto tan hondo de la cordialidad que se comunica con los artistas de toda América por intermedio de los Cuadernos de «Fábula», densos de una excelente colabora-

ción. Y como «Fábula» le ha parecido poco a su generosidad, que es mucha, han surgido los «Recados de Fábula», envíos poéticos, el primero a cargo de Elena Duncan, una poetisa platense cuyo verso vibra de música interior y de exaltado amor a la palabra.

De esta parte del continente «Fábula» es lo más joven e inquieto. Aquilatamos el enorme y desinteresado esfuerzo de Marcos Fingerit y recomendamos a los amigos de «Alfar» el apoyo, en colaboración literaria y en suscripciones, a tan altruista causa.

Los.

SOBRE CUESTION RELIGIOSA Y EL SOCIALISMO, de Hugo Fernández Artucio. — Editorial «Ensayos».

«... He leído con mucho interés su trabajo «La cuestión religiosa y el socialismo», aparecido en «Ensayos», que ha tenido la gentileza de dedicarme. Me parece que Ud. ha desarrollado la cuestión con profundidad y delicadeza, con certero sentido de lo esencial y una fina comprensión de los matices. Se advierte una larga, completa meditación del complejo asunto. Es lo primero que conozco de Ud.; me agradaría leer otras cosas. Deseo así mismo remitirle algo mío...»

Francisco Romero.

«... He recibido de Ud., el ejemplar de su ensayo sobre «La cuestión religiosa y el socialismo». El tema es apasionante; y Ud., le ha dedicado un poderoso esfuerzo de investigación y de reflexión. Deseo leer, sin embargo, el ensayo, de nuevo; pues la primer lectura no me ha dejado llegar hasta el punto central de su pensamiento. Algunos puntos de partida, — que Ud. da por evidentes —, condicionan, desde luego, todo el proceso del análisis. Por ejemplo: que lo religioso-auténtico está en el alma individual, sin ningún elemento de verdad objetiva!, y que el hecho más hondo y decisivo de la historia humana es la lucha de clases. Le agradezco el envío, y es para volver sobre el tema tan pronto como pueda darle una impresión más meditada, y que, aún en lo que diverja de su punto de vista, no alterará la consideración intelectual y personal...»

Dardo Regules.

DE LA «REVISTA SOCIALISTA» DE BUENOS AIRES. — Ed. «La Vanguardia»

«Un hermoso estudio es el que contiene el fascículo que trata el interesante y debatido tema sobre el socialismo y la cuestión religiosa. No vamos a reiniciar la discusión. Lo importante es enfocar el problema en erudición y seriedad. Y hemos de convenir que el autor lo hace acabadamente. El contenido de este estudio es un esbozo para un ensayo político. De su lectura nos parece entrever una discriminación entre la religión, y «lo religioso» en su relación con el socialismo. El autor acepta la incorporación al socialismo de ciertos religiosos y de otros no, pues «de los miembros de las comunidades religiosas, pueden hacer parte del movimiento socialista los que no pertenezcan a aquellas que, por principios u orientaciones, se hallan en pugna con la conciencia revolucionaria de los trabajadores socialistas». Y con ello plantea otra suerte de problema, saber cuáles son las corrientes religiosas más aceptables, ya que cada una tiene sus detractores y sus adeptos. Sería llevar al socialismo a un terreno más peligroso que el actual en esa materia. Porque hemos de admitir que cualquier ciudadano honesto que comulgue con una religión lo hace sincera y lealmente. Pero no deseamos entrar en el debate. Basta saber que se trata en el presente estudio de un meritorio esfuerzo, proveniente de un culto contendor en la vieja y no finiquitada polémica».

EL PADRE SAMUEL, DE MANUEL DE CASTRO. — Edit. Ercilla

Manuel de Castro acaba de novelar sus recuerdos de adolescente sorprendiendo al ambiente literario rioplatense con un libro recio y de una profunda intensidad dramática.

Es tema serio y grande para un escritor el tratar su propia vida, pues resulta para el artista faena más difícil expresar lo real que lo imaginario, lo vivido que lo soñado, ya que, más variado el vuelo de la fantasía posa y reposa a voluntad en lo ameno y novelesco, mientras que la vida real no tiene más dirección que esa de la flecha en que la arroja el destino hasta embotarse en blanco de la muerte. Es a esa flecha en su rápida y rauda parábola a quien ha seguido con fidelidad el escritor uruguayo al describirnos

la enjundiosa vida del Padre Samuel, encarnando en tan vario y enjundioso personaje las características primordiales de la fuerte raza gallega.

Soplado el polvillo literario con que el relato está adornado aparece la estructura de bronce de la novela, el andamiaje invisible y firme que soporta el peso de la forma, donde se concentra y mueve el mundo de los dos principales actores que animan el libro.

Obra de cerebración lenta, con suaves dosis de patetismo que atrae las finas lágrimas, será un libro que el alma femenina asimilará en forma integral, adivinando y sufriendo, con ternura natural del sexo, las vicisitudes del niño abandonado ante la desaparición de la madre, a esa edad en que comienzan a grabarse y abrirse espacio en el pequeño corazón los lagos inmensos y permanentes de la mirada maternal.

Allí comienza el libro; la orfandad frente al mundo, el desamparo prematuro frente al viento trágico de la vida, la adivinación en la mente infantil de lo recia y desolada que será la lucha contra el mundo, ese sentimiento de absorber en el alma la predestinación de la tristeza futura; así comienza y así termina el libro, un largo e inoible sollozo que arranca desde la muerte de la madre hasta la desaparición del padre, el gran compañero, hacia quien vuela el autor con nobleza y desinterés la vida y emotividad de la novela.

En el tiempo que dura ese sollozo está engarzada la pedrería de los recuerdos que han permanecido ocultos, pero francos en la memoria del autor y así es como desfila la variada caravana de los personajes secundarios, la descripción de los paisajes exóticos, la vida árida y larga del puplaje escolar, el cansancio y traqueteo de los viajes, ya a lomo de mula al través de los Andes, o cruzando las campiñas chilenas en vagones de ferrocarril o bien como pasajeros en estrechos vapores que se deslizan en la fluencia irizada del mar y así también nos relata las graciosas aventuras paternas, la picardía del hombre exhuberante e ingenioso cuya personalidad expande y rechaza las ataduras del hábito religioso pero superficial; nada ha sido olvidado y cada página adquiere la frescura antigua que sólo guardan los recuerdos, cicatrices del alma.

Una de las grandes cualidades del libro es la de ser sincero en forma cabal; episodios

donde la personalidad íntima se sonroja cuando son contados están narrados sin intenciones ni reservas bastardas, despojando al pecado de la hojarasca vulgar y guardando para el hecho en sí toda la fuerza artística de la verdad. Por eso opino que quienes busquen en el subtítulo de la novela, donde se anuncia que se trata de una obra de carácter picaresco americano, más que las andanzas dolorosas de un hombre por el mundo, deben abandonar el propósito de leerlo y perseguir en otra clase de libros el solaz espiritual que apetecen.

En la forma de expresión y en la manera de evocar los hechos, sobre todo los de carácter humorístico sentimental, la novela de de Castro tiene ciertas semejanzas con el Buscón y el Lazarillo, si bien es cierto sin ostentar el volumen secular de los dos clásicos pilluelos, pero en cambio la obra aparece más descarnada, más nuestra y hasta podría decirse más vivida. Elogio grande es ya para nuestro autor el asociar a nuestra mente monumentos tan inderrumbables de las letras, pero esto lo decimos no con el ánimo de comparar sino en el deseo de ilustrar al lector en la elección de un buen libro para deleite espiritual de muchas horas de gratísima compañía.

Mario Varangot.

EN CARNE VIVA, Serafín J. García. — Soledad y Actividad del Eseritor. — Editorial Libro Río Platense.

Soledad, y no sólo para vivir sino para pensar, es el primer reproche que hago al escritor que permanece indiferente en la hora actual, y se lo hago porque ya me lo hice antes, y no porque descargando iras en otros, alivie el peso de mi conciencia. Soledad, mezquina soledad! Cómodo situarse en el mundo de los llamados *problemas eternos* donde le parece que ha de encontrar la esencia verdadera de la vida y donde no tendrá que tocar «lo santo de lo santo» en el régimen burgués, es decir, la cuestión del poder y de la propiedad...» afirmación de Kirpotin en su Conferencia, que hago mía, ahora. Y todo, las más veces, sino siempre, «por salvar su independencia», triste salvación!

Por eso nunca agradeceré lo suficiente, el hecho de mi voluntario destierro a la aldehuela de Canteras del Riachuelo, en Colonia. Allí me puse en contacto vivo y estremecido

con el hombre. Viví su pena y angustia económicas, colaboré en la lucha por la mesa y el lecho de sus hijos, reviví las horas de los martirizados y allí aprendí —sobre todo— a trazarme un plan de recto camino para andar por él, en adelante. Duro ejercicio de alta razón, que no pesa tanto sin duda, como me pesaba la sin razón de aquel ejercicio duro de la realidad de mis hermanos de la piedra, y la arena y el campo. Porque la verdad es que no se puede conocer y comprender la vida más que ocupando una posición determinada en ella, como asegura ese mismo escritor proletario que citáramos y cuyo pensamiento completaré, más por lealtad que por necesidad, tal vez: *no se puede decir la verdad sobre el mundo, no se puede crear un arte que es un arma en la lucha de clase del proletariado sin ocupar una posición activa, ardiente, en esta gran lucha contemporánea. El arte es el arma de la transformación del mundo y no una mera contemplación estética...* (V. Kirpotin «El realismo socialista»). Solamente allí, frente a la menuda escena de una relación constante en que la necesidad por un lado y la miseria por el otro equilibraban la balanza del vivir, pude reintegrarme a la espantosa realidad —que desconocía— y que una «eternidad presentida» me velaba de su esencia. Quién no haya vivido una hora en la entraña misma del pueblo lacerado, no sabe del sentido verdadero de este anhelo de no ser ya más nunca solitario! Ni podrá explicarse —así mismo— que «junto a ese testimonio sensacional que incumbe a los escritores, subsiste la fórmula clásica: encontrar el hombre eterno a través de una época determinada», como se le explicó Barbusse, autor de estas palabras, en la propia trinchera en lo que vivió aterrado. Y si el drama del hombre es en sí grande, cuánto mayor no lo será ahora, en estos momentos en «que el Universo vacila y se inclina hacia uno de los polos de su destino!» Por eso, precisamente, se hace urgente reclamar del escritor, el profundo conocimiento de ese drama social y exigir de su contribución el máximo aporte para llegar a hacer que «esos dioses del Viejo Mundo la libertad y la humanidad» —sobre todo de este último que tanto disgusta a P. Nizan porque «se aislaba de los hombres concretos y hablaba de un hombre imaginario»— dioses que son siempre la esperanza de todos los escritores, lleguen a abandonar el campo de vuestros enemigos co-

mo pedía Rolland a Gladkov y Selvinsky: «Ellos van a Uds. Acogedlos!»

No he podido entender, en estos instantes, la situación moral de los «puristas». No he podido entender cómo ellos no han ahogado por un instante siquiera, a ese su superhombre que le está gritando sus pasiones menudas (y que en su expresión se tornan homéricas confidencias), para dejar paso a ese otro hermano de los hombres para que grite su esperanza, o alcance al menos, la alegría de su fe en la lucha, ya que el no quiere abandonar sus pies de plata para el camino. Eso me parece mezquino; me parece conspirar contra el mismo purismo porque eso no es más que la justificación de una cómoda situación personal o la ineptitud para confesar su verdadera cobardía moral. ¿No bastan, acaso, en el mundo, no bastan y sobran, los ejemplos admirables que se multiplican en los campos españoles? ¿No basta y sobra, acaso, el ejemplo del propio Romain Rolland, el magnífico viejo que ha preferido en su madurez, antes que el logro de una calidad total en obra de amplia arquitectura o profundo cauce más allá de la tierra misma, ha preferido gritarle con sus pulmones deshechos a las juventudes del mundo, cuál es el sentido que debe imprimirle a su marcha, cuáles son los enemigos de la Humanidad, y qué significa la piratería de la paz y la verdadera paz que anhela el hombre sobre la tierra?

¿No basta el grito profundo a pesar de su opacidad misteriosa y sutil, del magnífico Tagore, desde la India misma?

Tampoco se puede aceptar ya, con esa tranquilidad casi paradisíaca, el desdoblamiento generoso de los hombres en tales y poetas. Por un lado, el poeta que está sirviendo a su lucha eterna, soledosa y altiva, y por el otro el hombre accionando o dejando de hacerlo en un medio, que es quien debe irle dando las hebras para el tejido de ensueño o realidad de su vida. Por un lado la «alta calidad poética» y por otro, la ignorancia casi erudita —ignorancia más por rehuir el medio y su conocimiento activo, que por saber que existe...— haciendo escudo de su propia calidad. Y en tales casos —que tampoco entendemos suficientemente— o el hombre tiene en su vida y en su obra el equilibrio de la flor, la unidad de una composición que da siempre el sabio espectáculo de su conocimiento de donde quiera que se le mire, o el hombre ha perdido necesariamente la razón de su seriedad para vivir, y hace de sus ideas

mezquina bandera para un escaparate, en donde una clase expondrá su vanidad ante los enturbiados ojos de la otra, desamparada. Pero en este caso, hay que decirlo también, su obra no adquirirá nunca en la gran masa, jerarquía de conocimiento y lealtad de propósito. Ni será, fuera de toda insignia, *literatura libre, fecundada por la última palabra del pensamiento revolucionario de la Humanidad*... como afirma Lenin, «esa que no estará al servicio de una heroína hastiada, o al» de «los diez mil de alta sociedad», aburridos y sufriendo de obesidad, sino a millones, a decenas de millones de trabajadores que forman lo esencial de los países, su fuerza y su porvenir».

No es que niegue en ese reproche a la soledad en que vive y actúa, por lo general, el artista —y si no él personalmente, su arte— que la preocupación por los problemas del hombre más allá de sus primeras relaciones, no interesan o no sean necesarios. No negamos ni nos oponemos —eso sería absurdo...— a todas las preocupaciones del hombre, sean ellas las que fueren. Creemos que todos sus problemas son sumamente importantes, tanto más, cuanto más profundo ellos sean. R hasta pensamos en ese sentido, al igual que R. González Tuñón, en «La rosa blindada», que el hecho de no saber o no poder expresarse revolucionariamente, no inhibe el de ser poeta. No de tan limitados serían nuestros conceptos. No. Es que existen relaciones inmediatas, problemas urgentes de solución que nos están llamando, y que no se oponen en ningún instante al tan pretendido idealismo. Es que debemos dar prioridad a la solución de todos estos problemas para que el hombre llegue más pronto a su situación orgánica sobre la faz de la tierra. «No se trata (como Ud. dice) de «felicidad lejana», de «paraíso hipotético»; escribe el mismo Rolland en carta a Sergio Radin sobre «el materialismo» comunista. Se trata de *realizar inmediatamente* el principio de *de que quien trabaja come y quien no trabaja (si no es inválido) no tiene derecho a comer*. Se trata de repartir y distribuir igualmente el trabajo humano, y por el solo hecho de esta equitativa repartición, de dar a los millones de seres humanos el derecho al descanso y a la posibilidad del desenvolvimiento individual.» ¿No es este un verdadero ideal, mucho más sano que ese otro que no habla de la materia pero que ha vivido casi exclu-

sivamente para capitalizar y apoderarse de toda la materia del mundo, precisamente? ¿Quién es más idealista en ese sentido: el que sueña con la desposesión material para que el hombre alcance su perfección, y vive así en constante lucha contra la materia misma, o aquel que sin nombrarla nunca sueña con un mundo hipotético acumulándola a través del tiempo? Ni estas dudas, puede detener el espíritu constructivo del hombre a través del conocimiento social. Por eso es que no se puede ni debe quitar a las artes, en general, y en especial a este modo de expresión, el valor de conocimiento que puede dar a los hombres.

«Según la opinión de Chernishevsky —dice Plejanov en su libro sobre «El arte y la vida social»— el sentido de las artes y en particular de la poesía se determina por aquel conjunto de conocimientos que propagan en la sociedad». Y esto se hace extensivo, y muy en particular a este género de la literatura, que, por otra parte, ha cumplido en la historia del mundo, su ciclo bien definido. El arte no ha sido nunca despreocupadamente inútil, ni en la época de los Gautier, defensor del «arte por el arte». Pero también es cierto que nunca tuvo la inquietud de propagar que tiene ahora, en que trata de encauzar sus ideales en forma concreta. Pero es de pensar realmente ¿si podría seguir existiendo ese divorcio entre la propagación de un conocimiento útil que debe hacer la literatura y la despreocupación del creador por llevarlo a cabo? Ya no vivimos aquel tiempo en que se podía decir como Pushkin decía: «no vivo para las agitaciones de la vida... si para la inspiración» que apunta Plejanov. Porque una agitación al margen de la vida que encadena por igual a todos los creadores tanto como a los obreros mismos, ya no es ni posible pensar. Por eso hemos tratado de hablar clara y cordialmente a través de este prólogo a nuestros compañeros los escritores. Si esta Era es tal vez única en la Historia del Mundo, y toca al hombre vivir en un concierto de altísimas y graves notas, toda la tragedia del hombre y de su espíritu para la formación de una conciencia universal ¿cómo es posible que nos detengamos a escaudriñar el lloro pequeñito de una alma romántica que ha perdido por un instante a su Julieta, o que se ha embargando en el deleite de una caída de tarde naranja y oro? ¿Cómo? ¿Cuándo está rojo el horizonte del Mundo?

¿Cuándo el niño —¿entendéis bien?— el niño está vigilante con el arma en el brazo en las avanzadas, en el puesto que dejó su padre al caer? ¿Cuándo la mujer está defendiéndose y matando, cuerpo a cuerpo, trizada su carne tanto como su alma? ¿Cuándo el hambre millonaria desfila trágica e incesante en la India, en la China, en la América y la barbarie se enseñora «con paso de civilizadora» de continentes enteros, al precio de una matanza constante? ¿Cómo? ¿Si masacran a toda la Humanidad; si queman ideas y libros porque no pueden quemar a sus autores; si fusilan estatuas de la Libertad y de la República porque ninguna de las dos están personalizadas en hombres; si matan la propia *Poesía* cuando ella es el Hombre y el él tiene ideas de justicia y reparación? Por un deber de lealtad con sus semejantes, y por sobre todas las cosas, el hombre debe tratar de expresar la angustia que vive en su hora y la experiencia aleccionadora que de ella recoge. Y si no, vivirá en vano, vivirá la mezquina tragedia de ese yo, insignificante punto en el bárbaro torbellino que vive la sociedad entera.

Si, hay algo que decir, compañeros. Hay algo que narrar a gritos, con palabras sencillas, con notas planas o colores simples, con bocas sin dentadura postiza. Hay algo que no es vano y que hay que decir o cantar ahora, cruzando, o andando, o viviendo. Si, hay algo que decir en este tiempo! Dejemos por un rato las pequeñas fruslerías, las cositas tristes, las rencillas domésticas con nuestros yo, aunque más no sea por «este tiempo de destruir y de edificar», que ya vendrán luego los que todos esperamos... «el tiempo de enéchar y de reír!» Y digamos o cantemos, aun, en el nombre de Cristo: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia»... o en el de Omar el Khayam: «Oh! qué dolor que en este horno candente, donde se ha de fundir la masa humana, sean los *crudos* los más favorecidos con el pan más *socido* de la hornada!»

Si estos relatos campesinos de Serafín J. García, autor de «Tacuruses», versos gauchescos que muestran ya de tanto en tanto el filo de los dientes, no fueran más que trozos documentarios de nuestra tierra, documento gráfico, objetivo puramente, aun así yo no tendría ningún inconveniente en prologar este libro. Es más, me alegraría de acompañar a García en su imposición de decir lo que vivió, sintió y sufrió. Por que sé que estaría entonces al lado de un hombre hones-

to que tiene una honda preocupación humana, y que se ha planteado la vida con toda seriedad. No haría ni cuestión de calidad, de la tan pretendida calidad, porque aún así solo, tendría el respaldo de ese conocimiento vivido en un espectáculo duro y amargo. Porque eso «de la calidad» no podría ser duda en mí, existiendo este tan fundamental problema de por medio. ¿Hasta cuándo estaremos, por lo demás, esperando que tales «calidades» contribuyan a soluciones inmediatas en esa lucha de constante esperanza y atizamientos constantes, si ellas por no desmerecerse en el objetivismo a que en parte deben ajustarse, prefieren su vana artificiosidad? Muchas veces, como reacción a esta situación del arte, estuve tentado de publicar diez o quince cartas de hombres del campo, para dar la verdad de la esencia misma del campo. Gritos que nadie sofocaría nunca porque eran el hecho mismo! Esta sería de seguro, la más irrefutable comprobación que los dueños de «la calidad», están viviendo al borde de la vida, mientras se consumen las criaturas humanas con el cuerpo y el alma agusanada, en los cuatro puntos cardinales. Es en vano y hasta ingenuo, que en nombre de «problemas eternos», o «calidades literarias», pretendidas sin ese aspecto funcional, tratemos de escamotear la esencia misma de los problemas que nos están ahogando ahora y nos ahogaron siempre. ¿O es que desconocéis esta calidad entonces? No pretendemos desconocer el sentido, las causas y sus proyección, de nuestras relaciones, como ha sido la actitud que adoptaron todos los filósofos que se han pasado la vida dando vuelta a la manzana. Para nosotros, el planteamiento intencionado de todos los fundamentos éticos del hombre que se han hecho, así como la turbamulta de sistematizaciones que se han planteado para tranquilizarlo, no han servido más que como máscaras de adormidera para impedir la formación de la conciencia de los esclavos, a través del tiempo. No han servido más que para detener y confundir al hombre caído dentro de esa red que tejiera una clase prepotente para su predominio. Aun en el caso de que estos relatos de García fueran tales documentos solamente, me alegraría de poder colaborar en trance tan importante. Este estado de lucha no le he rehuído nunca, ni lo rehuiré en el tiempo de vida que me reste a vivir. Porque, corta es nuestra vida para ello y alta la esperanza de los que confían y esperan.

Pero la verdad es que estos relatos no tienen esa sola característica. Tanto que hasta estimo que ellos no hubieran necesitado prólogo ni mío ni de nadie, porque ellos viven su propia significación dentro de un severo marco de verdad. Y si lo llevan es porque se pretende, al mismo tiempo, colaborar en el ánimo de los indecisos que forman legiones, todavía.

Todos estos relatos son ejes de dramas que se han trenzado en el campo dentro de una severa realidad y más severa expresión. Tienen raíces amargas y dicen de un dolor, una culpa y un hombre que son, sin duda, bien distintos a ese hombre, a que nos tenían y aún nos tienen —por que no decirlo...— tan acostumbrados muchos de los literatos costumbristas. Estos hombres que se mueven sencillamente dentro de los relatos de García, sin petulancia ni pretensiones, que se mueven como él en la vida, así lleno de humildad, son bien distintos, desde luego, de todo ese gauchismo altanero y hueco, chafalonía humana, salpicado de bravatas de «tiempos heroicos», pintoresco y parlachín del que ha hecho uso y abuso la literatura costumbrista y dialectal del Río de la Plata. Estamos acostumbrados a ese tipo de hombre del campo, paisanos y matrereros, que siempre estarán bien en los circos y tablados, pero que nunca llegarán a dar del campo su verdad, ni de sus vidas el verdadero drama. El drama de su callada angustia, de sus soledades hechas con hambre y lucha sin cuartel. Con defraudados días de labor continuo y silenciosas noches de rumiar en nada y de esperar en todo, hasta en Dios, nuestro señor, sembrador de peces en los arroyos y aves en los bosques... De ese campo y de ese hombre y de esa mezquina y apretada lucha social, no se había dado casi nada, empero, de la copiosa producción literaria en ese sentido, tal como se debía haber dado. Así, desnuda, viva, dolorosa y trágica, en breves trazos. Con poca literatura y mucha seguridad emotiva para no caer en la sensiblería corriente del gauchismo apropiado y quejumbroso de payadas y retruques. Así, sin escarapelas palabrescas o fraseología altisonante. En todos los escritores de tendencia costumbrista siempre campeó ese otro problema del individuo en sí que en algunos alcanza hallazgos psicológicos serios y en otros, apenas, si esbozos de auto-intimididades fracasadas. Pero eso mismo, sin una preocupación de serio análisis, sino más bien como una intención de paisajistas tanto de

campo como de almas. En algunos, hasta los actores no fueron más que pretextos para poder hacer largos discursos sobre las cuchillas, o los cerros, o los campos anchos. En un próximo estudio que haremos sobre la contribución de nuestros escritores al conocimiento de nuestro campesino y su problema social, haremos las excepciones del caso, si es que existen, como señalaremos los que han hecho prevalecer lo pintoresco o artificioso por sobre el drama íntimo de un luchador estrangulado, la casi totalidad de las veces.

Más que un juego de personajes simbólicos entonces, sobre un vasto escenario, o un conjunto de sombras tercas que se mueven guiadas por un fatalismo absurdo e inexplicable, más que esas finieblas, que como dientes, tratan de desgarrar el día, la luz, más que todo eso, porque son muchos menos, en verdad, estos carboneros, leñadores, peones de estancia o de arrozales de García, rompen en su fatigosa vida, la cauta simetría de los pensamientos del escritor. Son la masa viva y dolorosa de nuestra tierra que he palpado y sentido siempre. Los Juan sin Nada, derrotadas carnes que esperan sólo de su humana redención, rumiando su ignorancia, la esperan aunque no la saben! Esos sí, los que sufren y esperan, los que he visto y he tratado y he aprendido a querer en todos los rincones de nuestro país. La misma miseria, el mismo dolor, la misma lejana promesa, el mismo debatirse entre la omnipotencia del patrón y la mezquindad de sus vidas!

Correcto en su lenguaje, fresco en la presentación de su tema, sin alambicamiento, casi dicho de primera, y haciendo que el paisaje no tenga más que aquella participación absolutamente necesaria para situar al hombre y su drama, estos relatos entran, decididamente, en la lucha social.

Auguramos a Serafín J. García un serio porvenir en la expresión, siempre que él siga conociendo y ahondando todos estos problemas, que le sitúan claramente como un hombre del pueblo que dice a sus hermanos y de ellos, lo que ellos no pueden decir de sus vidas.

Jesualdo.

«ROMANCES DE MAR Y TIERRA», de Angel Aller.

Guardo con verdadera devoción este conjunto de romances. Los he leído muchas veces, y he confirmado en cada nueva rela-

ción con ellos, su significación substantiva. Admirables, recios, auténticos romances eruditos, que pueden parangonarse con los mejores del idioma. Intrínsecamente esta producción es tan valiosa como la de Villalón o García Lorea.

Emilio Oribe.

Libro admirable. Juntas sus piezas, dejan ver un poeta hecho, con el gozo de la palabra justa y el ritmo certero. Más que parecido con algunas cosas recientes, encuentro en sus romances tradición. Tradición ya barroca, con todo el refinamiento sensual que encierra cada palabra. No el romance primitivo, ingenuo y rudo, sino el que reconcentra experimentos y aventuras, con un arte continuo.

Enrique Diez Camedo.

«Romances de Mar y Tierra»: síntesis de perfección y de pericia técnica.

El matizado gongorismo de la expresión no alcanza a dar a sus romances la forma laberíntica de tanto poema de vanguardia; usado con prudencia este elemento es de gran vigor estético.

Este Romancero, más culto aún que los del malogrado García Lorea, coloca a su autor a la cabeza de los líricos de América.

A. Torres Roisco.

A pesar de conocer su especialísimo sentido poético y de no ignorar la gracia y hondura de su poesía, sorprenden sus «Romances de Mar y Tierra».

Se avanza hacia el mar, por una montaña, cuando de pronto se oye el rumor de las olas; todo parece nacer de nuevo. Cuando, en alta mar, se llega a entrever la tierra, nos imaginamos que la han hecho para sorprendernos. Así son estos romances, tan nuevos dentro de lo nuevo: tan viejos, en el mar de lo clásico. Los releo, quedánme versos en los oídos y los labios: porque releídos son más generosos aún:

Mira como se la llevan,
madre de silencio y lágrima,
compañera de mi sino,
morena sin esperanza.

Enrique Amorim.

Una sutil asociación espiritual, me trajo el recuerdo de los «Romances de Mar y Tierra»; oía hace pocos momentos uno de los

Conciertos Brandeburgueses de Bach. En determinado momento, la ondulación y repetición formal de la fuga tomaba un giro insospechado. Rápidamente, sentí que eso yo lo había «leído», así, literariamente, alguna vez. Busqué y hallé aquello:

«Ya se va la zagalilla
por el sendero del agua
sueños devanando, azules,
devana que te devana.»

Ese jugueteo del devanar sueños azules en torno al sendero de la zagalilla es, en lo formal y en la pureza infinita de la sustancia poética, un tema de Bach.

Pero hay algo más grave. Casi todo el libro es así. Breve, ceñido, aprisionado en lúcidas formas perfectas. Líneas sinuosas, casi cantadas; un amoroso apacentar de sueños y de pulir ricas gemas de imágenes.

Bien se comprende que si el recuerdo de sus romances surge así, en función de Bach, es difícil hallar mejores palabras en su elogio.

Eduardo J. Couture.

Nunca es demasiado tarde —aunque lo parezca— decirle a un poeta toda la emoción altamente estética, la delectación espiritual ante poemas como sus «Romances de Mar y Tierra».

En ocasión de los primeros romances que de Ud. tuve la oportunidad de leer, creo haberle dicho la profunda impresión que me produjera su refinada hispanidad cuyos elementos de tradición y modernidad se alían de tan feliz manera, que es el caso de decir que en viejos odres, perfumados de antiquísimos néctares, se ha vertido la esencia misma de la poesía de hoy, con sus sabias motivaciones líricas que oscilan en un clima de ensueño, fuera de la objetiva realidad; o mejor dicho, de una realidad subjetiva que la avalora de elementos de una riqueza extraordinaria.

Me encanta, en su poesía, ese sabor arcaico en que gusta envolverse su gongorismo modernísimo; sus expresiones de un casticismo tan clásico que la lengua revive en ella sus desleídos esplendores, y la riqueza del léxico, a que tan poco estamos acostumbrados en nuestras hartas empobrecidas tierras líricas, linda con el derroche del lujo y se armoniza acabadamente con la sintaxis

de un alarde idiomático de verdadero señor de las letras.

Trasposiciones y elipsis, hipérbaton y contracciones, lejos de cansar con una rebuscada imitación de lo antiguo, florecen con savia rica de una sensibilidad tan humana y tan actual, que bien puede decirse que si sus raíces son hondamente hispanas y clásicas, su follaje es viviente y cálido de modernidad.

Nada tiene que ver su romance con el ya tan imitado de García Lorca; al contrario, su gala más rica es, precisamente su originalidad envidiable, que ni aún de Góngora mismo se reclama, a pesar del innegable parentesco de su procedencia.

Acepte, pues, mis cálidas felicitaciones, y mis expresiones de pura admiración por sus romances, entre los cuales, «Mar y Tierra» tiene para mí no se qué turbadora sugerencia; acaso la de aquella poética tierra de Galicia que inspirara sentimientos en el fondo —ya que no en la forma— de extraña semejanza en la dulce y melancólica Rosalía.

Luisa Luisi.

EL AIRE UNANIME, poemas por Cipriano Santiago Vitureira. «Brigadas Líricas. — San Rafael. — Mendoza. — R. Argentina».

C. S. Vitureira nos prueba con estos nuevos poemas de «El aire unánime» su armónico proceso, sin improvisaciones ni ligerezas. «Libro de Pausas» en su última parte, sobre todo en el canto «El Clamor», indicó este camino, nos llevó a este aire nuevo y de todos, solidario y hermoso, como para surtir el pecho del hombre nuevo, edificado sobre las ruinas de este siglo.

Adviértese en ellos la carrera de la sensibilidad del hombre total, en la invocación del pasado o en la seguridad de su porvenir, lleno de tormentas y a la vez de una esperanza fresca. Poesía que a pesar de su intimidad honda, arrastra; que no se quiebra en la soledad ni en el vuelo comunicativo hacia los demás hombres, sino que, por el contrario, adquiere mayor firmeza, como si dijera la palabra de todos a la vez.

Pocos poetas, como Vitureira, viven la majestuosa armonía que debe existir entre el hombre y la obra. La pureza, el desinterés, la elevación moral, la generosidad, el sentido solidario, se miran en el espejo de cada uno de sus libros, hijos de las virtudes esenciales del artista: la sobriedad y la embriaguez del torrente; la serenidad y la pasión; el cultivo

de la individualidad y el amor al pueblo, extremos todos que se tocan en la labor poética o crítica (exaltación, más que crítica), de este escritor.

Y si la enumeramos, vemos cuán cierto es esto: desde «La Siega del Musgo», temblor juvenil de su alma, hasta «Libro de Pausas», ya firme el poeta; desde «El Aire Unánime» hasta las páginas críticas o glosadoras de «Arte Simple», sus nuevas obras editadas en el correr de los presentes días.

Vitureira jamás ha conocido las delicias del juego poético. Este poeta serio y apasionado, hermano nuestro en tantos encuentros y desencuentros de ideas y de actos, ha tenido siempre un mismo horizonte frente a sus ojos, y es incapaz de una voltereta, de un juego, del más menudo entretenerse, de una posición estética fugaz por lo ingeniosa o intrascendente. El mismo horizonte lo arrastra siempre con sus imanes de luz y de música, con su contagiante seriedad conmovedora y su universal sentido del arte.

Por momentos hemos creído verlo encerrado en los abismos de sus dudas; hubieron horas en que su fatalidad nos asaltara, no resignándonos a que así fuera. Chocó su metafísica con nuestro juego en la embriaguez del amor y de la naturaleza, al cantar o en medio de la lucha social. Pero todos los cercos que pudieron encerrarlo, todas las nubes que intentaron envolverlo en sus sombras, él rompe: y nacen sus cantos afirmativos, bebiendo en el mar de sus pausas íntimas y severas, caudalosas de sabiduría.

«Si en un enorme esfuerzo giras sobre tí mismo y en medio de la vida te detienes, escucharás el ritmo de los tiempos que pasan, cantando, como el viento, entre tus sienes».

Así ha ido hacia «El Aire Unánime», congregando en su canto la palabra de todos, cumpliendo la misión del poeta: decir lo que todos sienten, en lo mágico del canto.

«Estoy en el refugio de la igualdad», clama luego. Aunque,
«En una nube poderosa,
como en los puños del viento,
soy una piedra, soy un hierro, pero que soy
loza».

Lo popular, lo que tiene sentido y entraña de pueblo purificado, el friso, la columna, el inagotable mar humano, se expresa en la garganta de su verso, en el lenguaje desnudo y salobre, por momentos dura palabra de intemperie, de «El Aire Unánime». Invoca al sol naciente o a la nube que pasa, a la luz o

al «mundo perdido y sin dueño», a la Internacional, coro de abajo o a un solitario pájaro en el camposanto; y en todos los poemas de este cuaderno está la misma actitud poética. El creador de la obra artística, cualquiera sea su género, será siempre aquel que pueda ser uno sólo o un pueblo, la brizna de aire más pequeña, mucho menos que una brisa, o la tempestad más honda.

El pasado y el porvenir no son en Vitureira un horizonte muerto y otro vivo: son la eternidad sin vida ni muerte, sin rostros, pero con un mismo semblante donde el hombre puede recostar su contemplación, iluminándose y encendiéndose. De ahí esa fe que hay en estos poemas, en cuyo regazo amplio caben la nube solitaria y la comunidad de los hombres vibrando en todos los nervios de sus luchas. ¿Nueva mística popular? Acaso.

Identifica este autor el sueño social con la música innata del poeta. La síntesis de sus versos irrumpe lo discursivo y sabe proclamar y comunicar su fe sin caer en fáciles concesiones. Diríase que las consignas políticas tan en boga en esta época tumultuosa, no lo arrastran porque su fuerza poética sabe sostenerlo y levantarlo por encima del simple ademán de la acción cotidiana, para llevarlo allí donde la poesía es esencia pura.

Aclaremos que si esta poesía no es la popular, en cambio *reboza de calor de pueblo*. Y para dejarse llevar por su emoción sólo es preciso tener clara y firme la esperanza.

Tal como en un clima de guerra nace una literatura y un arte heroicos, del alto ejercicio de vivir de un poeta (donde hay un creador se revela una lucha) surge el canto que ha de transportar a sus semejantes hacia su misma esperanza.

Yo creo que en Vitureira se encuentra ese poeta y en «El Aire Unánime» el primer paso de ese canto total.

1937.

Juvenal Ortiz Saralegui.

Los Molles. — Santiago Dossetti.

Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense.

En esta tierra en que casi todos los escritores se mueven con dificultad dentro de la «última» escuela y dejan al descubierto, pese al disfraz de tanta palabra, los donaires y trazas de los maestros, reconforta encontrarse con un hombre, cuya luz no es ceñida por la luz de los otros. Santiago Dossetti no trae

de lo ajeno desfigurados sonos, y el soplo de sus cantos nace en su propia voz.

Esta es la hora de la fiebre de la recitación poética. ¿Qué son esos mástiles, esos veleros, esas anclas y toda la jerga marina de los nuevos, sino una repetición ya más que asendereada de los poetas primeros que iniciaron, y si se quiere, levantaron a la altura de la creación esa manera de decir? Por eso, bien venido aquél que llega sostenido en su originalidad, y no sufre un instante la preocupación de la moda. Así puede avanzar por entre la verdad dolorosa de sus campos. A esto llamamos nosotros, rebeldía y honestidad.

Dossetti tuvo que entrar en la vida, ir por ella, para sentir la angustia de esta pobre gente, abandonada a un sueño de redención, del que tarda demasiado en recordarse.

Desde la primera página del libro, el negro nos da el temblor cordial de sus manos grandes y justicieras. Y nos acompaña durante todo el viaje por campos de «Los Molles».

Ahí llega el negrito Sobeo, husmeando fraternidad. Se acerca al cuadrado de casas de los labriegos. Vino a la estancia «hecho un atadito hambriento, sobre la cañera de una morena joven». Sufrió en silencio los fríos de la vida. Su única protesta fué echarse en tierra cuando sintió aquel golpe seco y «definitivo» en la espalda. Pero él curaba su fiebre y el grito de su carne rota, metiendo los ojos desmesurados por el paño del cielo. Hasta que asomó una noche «ceñida por una cincha blanqueza, enojada de moneditas de plata». Entonces desapareció. Un lucero le dió una luz «grande y azulada» para que pudiera huir, vengativo, por los caminos oscuros y difíciles.

Y Nieves... siempre atado a «soga corta», con su pierna enferma, que el patroncito sanaba, aplicándole el viejo ungüento: el arreador de trenza. Rodando entre bichos e imprecaciones: «Ahora tas completo: negro y renego». Siempre mirando su pierna. «tenaz y amercosamente, como si fuera un camino o un pozo profundo». El camino que habría de salvarlo. Un día llegó solo el caballo manso, aquerenciado en la estancia. Las pilchas no podían confundirse. Eran del negro Nieves.

Los pequeños «personajes», todas las sombras doloridas de «Los Molles», los sin destino, se han refugiado en el sueño atormentado de este poeta.

Sólo un poeta puede acercarse a la vida, para recoger el estremecimiento angustioso de aquellos para quienes las rutas no son nada más que ceniza o pobreza.

Dossetti, casi sin palabras, nos dá la vibración de la hondonada ciega de los que apenas pueden disimular «entre el pellejo escamoso», la cicatriz de la tragedia. Siempre en la lucha... «Si el negro aflojaba se lo comía la vida feroz».

Sin torturarse con retóricas inútiles, el escritor va por la inquietud con un aliento nuevo, que aún no habíamos sentido. Su contacto con la injusticia y la miseria, lo han hecho creador de una obra de penetrante sinceridad, de caliente fervor humano.

Nuestros novelistas, o se embarcan en fáciles interpretaciones líricas, o caen en la anécdota de un realismo crudo y trillado. En el autor de «Los Molles», la poesía tiene un alcance conmovedor. Y va junto a la realidad, compañeras que no se estorban nunca, sosteniéndose al contrario, la una en la otra.

Prosa amarga y segura. Nada de «confe-

ciones hechas». La fidelidad así mismo, que exigía el artista de «Críticas concéntricas», hace diáfano este libro.

Dossetti entra en «lo popular» y el ambiente de sus cuadros es decididamente revolucionario. Un clamor vivo, angustioso, se levanta de su drama íntimo, iluminado de renovación.

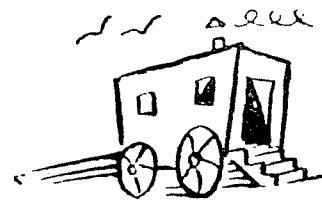
Mira a la tierra, pero también contempla al cielo. Su mirada reúne las cosas comunes, para darnoslas después con un matiz nuevo, original, suyo.

Es porque él siempre está buscando el dolor de los demás, en su propio dolor.

Todo es nombrado exactamente, pero con su acento. Penetra en los conflictos que acaban su palabra. Y la realidad no perjudica ese juego sagrado del estilo de su prosa, medida con justa luminosidad.

Lo humano adquiere en esta obra uno de sus más puros intérpretes. Y el poeta está presente en todo, con su emoción sin sentimentalismos, libre, por su sendero inédito.

J. J. C.



LIBROS RECIBIDOS

«El Alba Lograda y otras permanencias», Alfonso Llambías de Acevedo.
«Presentación de Buenos Aires», Enrique Amorim.
«Las Islas», Ulises Petit de Murat.
«Para las criaturas sin ojos», Elena Duncan. — «Recados de Fábula» — La Plata —
«Maestros Cantores», Alvaro Armando Vas-seur.
«Don Miguel A. Vilardebó y su Epoca», Jorge M. Soler Vilardebó.
«Del Amor Violento», T. Seral y Casas.
«Voz y Silencio», Raquel Saenz. — «Poesías», María Teresa Saenz.
«Alas Cantan», René M. Santos. — Editorial Hiperión — Montevideo.

«Cajita de Cristal», Ana Amalia Clulow — Montevideo.
«Romances del Sur», María Teresa Roca de Togores.
«La Videntes», Laura Cortinas.
«Filosofía Esotérica de la India», J. C. Chatterji.
«Motivos de la Pampa», Julio Nery Rubio.
«Viejo Reloj de Cuco», Selva Marques.
«Washington Barbot», Rómulo Nano Lottero.
«Velero de tréboles», Amanda Amunategui.
«Bosque sin Horas», Jules Supervielle — Editorial Hiperión — Imp. Gaceta Comercial — Montevideo.
«Margara que venía de la lluvia», Augusto Mario Delfino.

Luis Cané — «Romancero del Río de la Plata». «Luis Cané», visto por Arturo Torres-Rio-seco.
«Nivel de historia», B. Canal Feijóo.
«Espectáculo de Combates», «Tango», «El Hijo Ajeno», Carmen Piria.
«Desvío de la Estrella», Alvaro Figueredo — Editorial «Mástil» — Montevideo.
«Cantos a España», Adolfo Rodríguez Mallarini.
«La Serpiente y el Tiempo», Emilio Oribe.
«Arandú», Juan M. Filartigas — Editorial Albatros — Montevideo.
«Cantos de la Palabra iluminada» (segundo volumen), Estrella Genta.
«El Ser», Carlos Scaffo.
«Europa», Max Dickmann.
«Madre América», Max Dickmann.
«Proyecciones», Sara Rey Alvarez — Casa A. Barreiro.
«Umbral Girante», Amanda Amunategui — Edit. Nascimento — Santiago de Chile.
«Luis Alvarez Petreña», por Max Aub.
«La Venganza del Poeta», Pedro Erasmo Callorda.
«Destierro», Fermín Estrella Gutiérrez.
«Vida», María Aguilar de Billicich.
«Cresival», Enrique Labrador Ruiz.
«El Domador de Pulgas», Max Jiménez.
«Serenades Indiennes», R. Michael.
«Wavel», Roberto Fabregat Cuneo.
«Voces de la Sierra», Luis Alberto Zeballes.
«El Vino y el Pan del Hombre», Federico Gerardo Ruffinelli.
«Intuición y Plástica de la Evolución», Clemente Estable — «Ensayos» — Montevideo.
«Les Chansons d'Ethel», Jean Groffier — Bruxelles.
«La Alimentación Popular de Sgo. del Estero», Orestes Di Lulio.
«Eleusis», Juan Ilaria — Edit. «Decaulión».
«Cantos del Viajero», Julio Garet Mas.
«Espigas de Cristales», Guzmán Papini.
«Humanismo y Humanitarismo», Domingo Delmonte.
«Juegos de Amor», Juan Carlos Gómez Brohn.
«Cantas», Alberto Arvelo Torre-Alba.
«A lasombra de tu luz», Roberto Salgueiro Silveira.
«La Poesía Brasileña», Fermín Estrella Gutiérrez.
«El Arte Deshumanizado», Enrique Benítez de Aldama.
«El Surco Vivo», Héctor Cuenca. — Maracaibo — Venezuela.

«Poèmes parmi les hommes», Harie Voronga.
«Canciones en Flauta Blanca», Carmen Alicia Cadilla — Puerto Rico.
Miguel Víctor Martínez — «Santa Teresa de Rocha» (Narraciones).
«Apex», Víctor A. Rocca.
«El Pericón», Ricardo Escuder.
«Absence», Alfredo Gangotena — París.
«Caniqui», José Antonio Ramos — Habana.
«Paralelo 53 Sur», Juan Marín — Edit. Nascimento Sgo. de Chile.
«El Silencio», Juan Felipe Toruño — San Salvador.
«El Estado Totalitario», por Luis Sturzo, Fernando de los Ríos...
«Cripta», Jaime Torres Bodet — México.
«Poesía de la Guerra» — Madrid.
«Las Fogatas de San Juan», Ana Amalia Clulow.
«Fuera de los límites», Orlando Airaldi.
«El Aire Unánime», Cipriano S. Viturera.
«Barrio», Novela de Montiel, Ballesteros.
«El Poema de Mi Soledad», Rómulo Nano Lottero.
«3 Cuadernos de Poesía», «El Guardián Oscuro», J. Cunha Dotti.
«La Madre Esclava», J. Alvaro Sol.

LIBROS DE LA «BIBLIOTECA RODO» — EDITORES: CLAUDIO GARCIA; DIRECTOR: OVIDIO FERNANDEZ RIOS. — MONTEVIDEO

«Ariel», José E. Rodó.
«1810» y «El Milagro», Yamandú Rodríguez.
«Versos Criollos», Elías Regules.
«Fraile Aldao», «Renacentista», «El Dominio de los Andes», Yamandú Rodríguez.
«Parábolas y otras lecturas», José E. Rodó.
«Crónicas, discursos y conferencias», Eduardo Acevedo Díaz.
«Motivos de Proteo», José E. Rodó.
«Ensayos sobre Marxismo», Emilio Frugoni.
«Teatro», Florencio Sánchez.
«Tabaré», «La Leyenda Patria», Juan Zorrilla de San Martín.
«Clínica de Niños», Luis Morquio.
«Eslabones», Constancio Vigil.
«Abrojos», Javier de Viana.
Horacio Quiroga, Cuentos (5 tomos).

ULTIMOS LIBROS DE LAS «EDICIONES ERCILLA» — SANTIAGO DE CHILE

José Gabriel — «España en la Cruz». V. R. Haya de la Torre — «Ex-Combatientes y Desocupados».

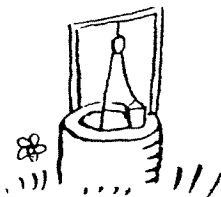
José González Carballo — «Índice de la Poesía Contemporánea Argentina».
 Emil Ludwig — «El Crimen de Davos».
 Manuel de Castro — «El Padre Samuel».
 Wilhelm Mann — «Chile luchando por nuevas formas de Vida» (dos tomos).
 Carlos Reyes — «Beba».
 Juan Marín — «El Secreto del doctor Babeloux».
 Armando Arriaga — «La Tragedia de Lisperguer».
 Alcides Greca — «La Pampa Gringa».
 Alfonso Reyes — «Tránsito de Amado Nervo».
 Delfina Bunge de Galvez — «La Belleza en la Vida Cotidiana».
 Bruno Franck — «Un tal Cervantes».
 Carlos Reyes — «El Terruño».
 Lyhon Strachey — «Victorianos Eminentes».
 J. L. Homabín — «Atlas de Política Mundial».
 Luis Alberto Sánchez — «Don Manuel».
 Germán Arciniegas — «El estudiante de la mesa redonda».
 Blanca Luz, por Blanca Luz.
 Luis Rodríguez Embil — «El Soñar de Segismundo».
 Alcides Arguedas — «Pueblo Enfermo».
 Maexeme Van Der Mursch — «Orgullo».
 Rufino Blanco Fombona — «El espejo de tres faces».
 Carlos Ibarguren — «Manuelita Rosas».
 Carlos Reyes — «El Gaucho Florido».

George F. Nicolai — «Biología de la Guerra».
 Fredenic Léfèrre — «Aquel Vagabundo».
 Stefan Zweig — «Casanova».

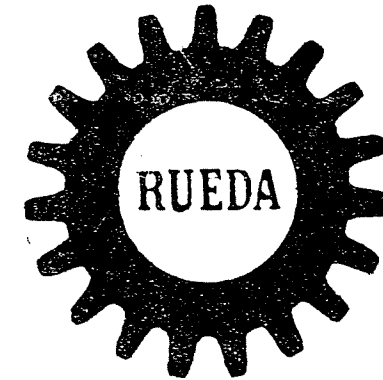
EDICIONES DE LA SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO RIO PLATENSE — MONTEVIDEO — BUENOS AIRES

Obras nuevas de esa Biblioteca:

«Los Albañiles de los Tapes», Juan José Morosoli.
 «La Canción Humana», Emilio Frugoni.
 «Exploradores y Piratas en el Sur Argentino», Ernesto Morales.
 «Los Molles», Santiago Dossetti.
 «Teatro de Hoy», Federico Orcajo Acuña.
 «Raza Ciega y Sautoncito», Francisco Espínola.
 «La Gruta Artificial», Luisa Solovich.
 «Ciclo en los Charcos», Juan Mario Magallanes.
 «Gente», Max Dickmann.
 «La Vida Gloriosa de Sarmiento», Juan León Bengoa.
 «Antaño», Arturo Capdevila.
 «Juan, Pedro y Diego», Antonio Soto (Boy).
 «El hombre despierto», Arturo Cerretani.
 «Ciencia, Filosofía y Laicismo», Washington Paullier.
 «Trópico», Fermín Estrella Gutiérrez.
 «Crónicas de historia», José L. Gomensoro.
 «Pensamiento y Acción», Enrique Dickmann.
 «En carne viva», Serafín J. Garéa.



SANDALIAS o ZAPATILLAS



Cómodas, Elegantes, Durables

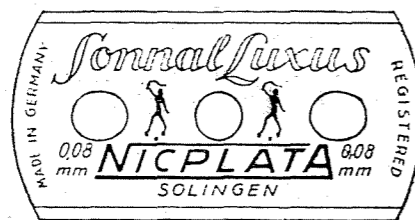
BERTONI Hnos.

PRODUCTOS PORCINOS
 CONSERVAS ALIMENTICIAS

RAFFO, 445

Montevideo

SONNAL LUXUS



**La maravilla del mundo
:: en hojas de afeitar ::**

NICPLATA

AUTOMOVILES CHRYSLER

Calidad y distinguida apariencia bajo
un nombre bien conocido y respetado

Producto notable de una de las Com-
pañías más poderosas del mundo,
en la industria automotriz

TRAVIESO y LESTIDO

IMPORTADORES EXCLUSIVOS

Av. 18 DE JULIO 952 y RIO BRANCO

Parfumerie ROGER & GALLET de Paris

Societe Anonyme au Capital de 20.000.000 de francs

Polvos Anthea

Rouge para los labios

Crema de Jabón

Pasta dentífrica

Negro Persan

Shampoing líquido

«Tenax»

Agua de Quinina

Agua de Colonia

Perfumes

Extractos

Cremas «Delicia» y «Amena»
Etc., Etc.

EN VENTA EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS, etc.

BIRABEN & Cie. Importadores

Calle URUGUAY 899

MONTEVIDEO

MAMILLA

«LA ESTANZUELA»

GIACCA Hnos.

La casa de las especialidades

CANELONES esq. VICTORIA

U.T.E. 42159

REVISTAS RECIBIDAS

ANALES
César Alvarez Aguiar
Montevideo

INTENTIONS
París

A. I. A. P. E.
Por la defensa de la Cultura
Organo Oficial de la Agrupa-
ción de Intelectuales: Artistas,
Profesionales, Periodistas y Es-
critores.

Correspondencia y canje:
Plaza Libertad 1157
Ateneo de Montevideo

EL LIBRO Y EL PUEBLO
México

REPERTORIO AMERICANO
J. García Mouje
Costa Rica

CAHIERS DU SUD
Marsella

BOSQUEJOS
Universidad de Mujeres
Montevideo

HIPERION
René M. Santos
Montevideo

DIE KUNTS
Munich

ENSAYOS
Director: Eugenio Petit, Muñoz
Secretario de Redacción: Alicia
Goyena.

A R T
Joan Merli
Barcelona

A R D O R
Córdoba

HORA DE ESPAÑA
Valencia

NOSOTROS
Alfredo Bianchi
Giusti
Buenos Aires

S U R
Dirigida por Victoria Ocampo
Buenos Aires

MASTIL
Periódico literario
Director: Alvaro Figueredo
Pan de Azúcar
Departamento de Maldonado
R. O. del Uruguay

MONTERREY
Correo Literario de Alfonso
Reyes
Buenos Aires

TRIBUNA CULTURAL
Organo Cultural del Comité
contra el Antisemitismo.
Dirección:
Julio Herrera y Obes 1170
Montevideo

TRIBUNA CATOLICA
Montevideo

Dr. Héctor Laguardia

MEDICO CIRUJANO-DENTISTA

Profesor de Clínica Quirúrgica y Semiología,
Otorinolaringología, Rayos X

YI. 1290 - Aut. 84-6-28

Dr. Pedro M. Casal

MEDICO

Lunes, Miércoles y Viernes

Av. BRASIL, 2536
Aut. 412111

Enrique Sánchez Varela

ABOGADO

Teléfono: 81786

ESTUDIO: Mercedes, 1166

MONTEVIDEO



**JUGUETERIA CIENTIFICA
e INSTRUCTIVA a los
precios más bajos**

U. T. E. 80428

SARANDI 620

Una obra de arte es
el retrato hecho por

Foto Figoli

Avda. Rondeau 1508

SALVO y Cía.

TEJIDOS Y CONFECCIONES
E N G E N E R A L

MONTEVIDEO
U. T. E. 223141

AGRACIADA, 3847
Paso del Molino

**Beba Vd. =
Agua Mineral**

S

A

L

U

S

La Mejor Agua de Mesa

PALACIO SALVO HOTEL

UN INDICE DE CONFORT Y DE PROGRESO

Es el Hotel que le permitirá sentirse agradablemente sólo entre la multitud y tranquilo y reposado entre el bullicio. Es la sensación moderna del CONFORT. El lujo que le brindamos: CONFORT

PLAZA INDEPENDENCIA
M O N T E V I D E O

SI Vd. PRUEBA NUESTRAS CERVEZAS BOX URUGUAYA E IMPERIAL

que son las que prefieren el público, en lo sucesivo no tomará otras. Además de ser doble concentrada, son de un sabor exquisito



S. A. Fábricas Nacionales de Cerveza

*A la escuela
contento!*

*... porque sabe
que podrá resistir el esfuerzo
de varias horas de estudio gracias al más rico y nutritivo de los alimentos...*



COMPLETO
PURITAS

A BASE DE
AVENA, CACAO

FRANGELLA H^{nos}.

FOTOS

Bartolomé Mitre, 1323

HORA ISRAELITA HORA CULTURAL ISRAELITA

Director: PEDRO SPRINBERG

Onda: C X 34 Radio Artigas

**Vínculo de acercamiento intelectual uruguayo israelita
La voz culta y cordial para toda la República.**

SE TRASMITE DIARIAMENTE:

La Hora Israelita, a las 17 y 30 horas.

Y la Hora Cultural Israelita, a las 20 hora.

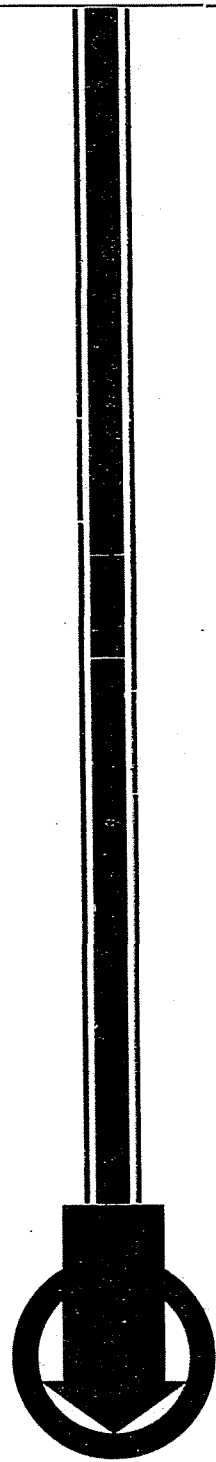
LOS MIERCOLES A LAS 20 HORAS:

Literatura y Música Uruguaya.

Administración: TACUAREMBO, 1482

U. T. E. 4-66-66

Dirección General de Correos



**P I D A
ESTAMPILLAS
A L C A R T E R O**

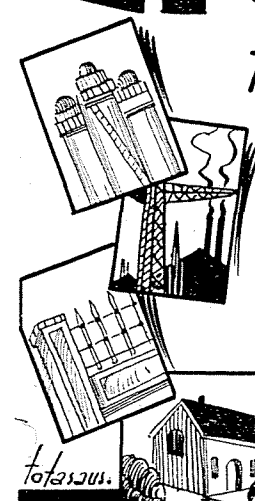
Poseemos las fábricas más antiguas e importantes del Uruguay, dotadas de máquinas y procedimientos científicos modernos

**LA PINTURA QUE
SOBREPASA AL TIEMPO**



Granitol
ES ANTICORROSIVA
PROTEGE
Maderas-metales, etc.

PREVENCIÓN
Si le sirven otro producto =
alegando que es igual, =
recházelo, pues **GRANITOL**
no tiene sustitutos - **ES UNICO.**

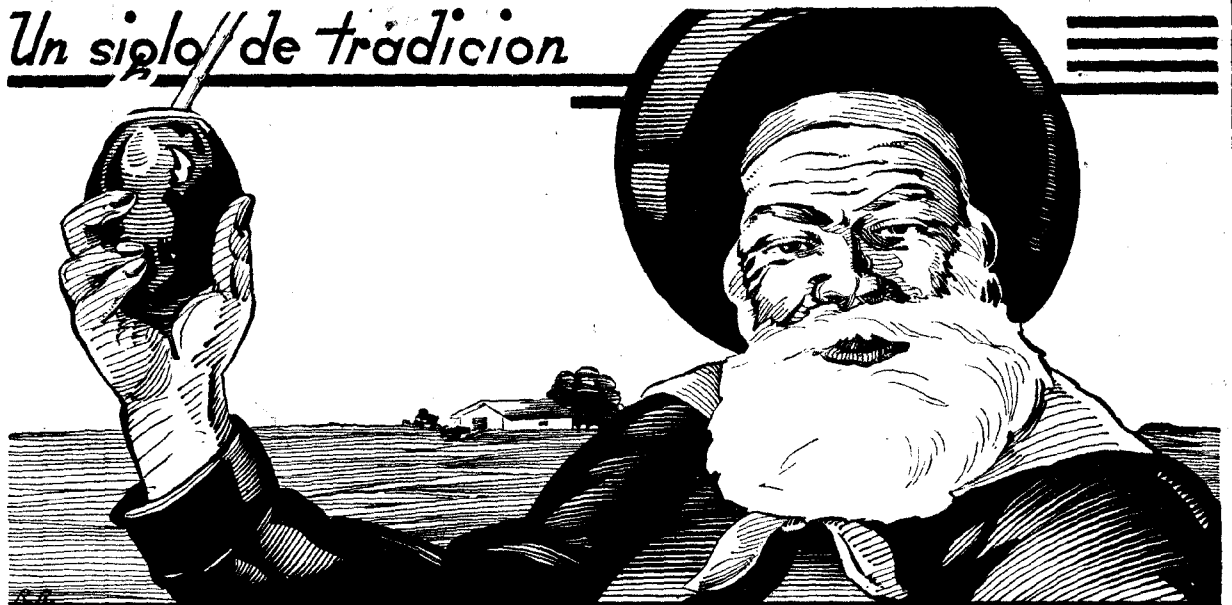


La pintura de cualquier momento y contra la acción del tiempo.

Ramón Barreira e Hijos
FABRICANTES
MONTEVIDEO

No pinte con pinturas extranjeras, pinte con «GRANITOL»
La pintura de más alta calidad que produce la industria uruguaya

Un siglo de tradición



LIVRE LA REINA DE LAS YERBAS

TODOS LOS BALDES DE 2 y 1/2 y 5 KILOS CONTIENEN PREMIOS

“EL ACEITE PRINCESA”



La suprema combinación de aceite de oliva y de mani.
Reúne todas las características del aceite de oliva:

COLOR-SABOR RENDIMIENTO

ES NECESARIO EN TODO HOGAR DONDE SE QUIERA CUIDAR EL BUEN GUSTO DE LAS COMIDAS Y LA PERFECTA FUNCION DEL ESTOMAGO.

DISTRIBUIDORES
PESQUERA y Cía.
MONTEVIDEO